

MI PRIMER AMOR

ERA UNA BRUJA

FERNANDO CERETO



MI PRIMER AMOR ERA UNA BRUJA

Fernando Cereto Castro

A todas las personas que me han animado a escribir, que la vergüenza
no pueda con las ganas.

A Gina y Bea, mis lectoras alfa.

A mis hijos, por aguantar ciertas similitudes con los personajes.

A Daniela, por su magnífico y original diseño de la portada.

Capítulo 1

Nos conocimos en los albores de un tórrido verano, caliente y pegajoso, de los que obligan a admitir que el cambio climático es algo más que un cuento para asustar a los niños.

Coincidimos en el clásico viaje de fin de Bachillerato, en Ibiza. Su figura emergió, hipnótica, del otro lado de la discoteca donde formaba corrillo con sus amigas, con muy poca ropa, charlando y riendo de esa forma forzada que utilizan las chicas cuando quieren llamar la atención. Mis amigos me ladraban sus étlicas tonterías que segundos antes me hacían reír, pero ya no les escuchaba. Si Godzilla los hubiera devorado, ni lo hubiera notado al más puro estilo *fuck'em all*.

Bajo las centelleantes luces de la discoteca, todas las personas del antro quedaron inmóviles menos ella, que seguía desplegando todos sus encantos, agitando su melena con calculadísimos movimientos de cabeza, luciendo una camiseta blanca, sin mangas y semitransparente, que resaltaba su moreno casi tanto como sus pechos, fácilmente adivinables.

Con la gallardía que dan los dieciocho años y cuatro *Cointreau* con piña (sí, bebía ese brebaje inmundo, todos tenemos un pasado), me acerqué de forma espectacular, caminando sin apartar mi felina mirada de animal en celo de sus ojos. No solo ella notó que alguien la devoraba sin tocarla: el resto de la discoteca se abrió a mi paso, reconociendo en mí a una mezcla de Moisés y Tony Manero, facilitándome un pasillo entre la multitud para acceder sin problemas a mi amada. Sí, a mi amada, porque a mitad de recorrido, cuando nuestras pupilas por fin se cruzaron, los dos supimos que no había marcha atrás.

Los siguientes quince metros fueron simplemente un preámbulo bellísimo, los treinta mejores segundos de mi vida, a cámara lenta, mirándola, sabiendo que el premio de sus labios estaba al caer, que el edén de su cuerpo no tardaría en ser mío, con decenas de

borrachos dejándome pasar maravillados por mis andares de donjuán, con nuestros ojos penetrando en el alma de su alma gemela, con mis pantalones abultándose por mi erección y con sus pezones irguiéndose, fruto de la excitación, amenazando con agujerear la débil camiseta.

Llegué a mi destino al borde de la lipotimia y de la eyaculación precoz, le quité el vaso de la mano, lo lancé sin mirar hacia el gentío, en una parábola perfecta, y la estreché entre mis brazos mientras tomaba su boca.

Decir que fue el mejor beso de mi vida sería quedarse corto; fue un acceso directo al Nirvana, un episodio extrasensorial en el que, a la vez, disfrutaba de su lengua y de la visión de una pareja tan ideal como nosotros, amándonos.

Nunca jamás ha habido ni habrá una escena tan bonita, tan romántica, tan bella, tan cargada de amor, de sexualidad, de sensualidad (que no es lo mismo), de compenetración y de conexión astral, como ese beso que nos dimos en una discoteca repleta de adolescentes con granos, regados por el alcohol. La perfección emerge en los ambientes más insospechados.

Nuestras lenguas siguieron entrelazadas hasta que las luces de la discoteca se apagaron, y, poco a poco, cogidos de la mano y sin hablar, la guié suavemente al hotel donde nos entregamos el uno al otro. Fue un sexo lento y veloz, tántrico y pornográfico, cariñoso y pasional. Fue el padre de todos los polvos salvajes y, a la vez, el más romántico y meloso acto de amor.

Horas después caímos rendidos, empapados en nuestro sudor. Nadando en fluidos varios dormimos el sueño de los justos, abrazados y desnudos, fundidos en un solo cuerpo.

Despertamos al atardecer, ella unos segundos antes que yo. Abrí los ojos y allí estaba, aún más bella de lo que la recordaba, con una cara angelical, y sus dos ojos azules que me miraban, serenos y amorosos.

—Buenos días, mi vida —susurré.

—Buenos días —contestó.

—Me gustaría saber el nombre de mi amada —añadí con una voz apenas audible.

—Solo te lo digo si me prometes que me querrás para siempre —dijo sonriendo.

—Prometido. Para siempre —contesté sin mentir.

—Alicia. Recuérdalo bien porque nunca jamás amarás a nadie con otro

nombre.

«Qué frase más bonita», pensé. Un juramento de una historia interminable, de un mundo infinito de orgasmos, besos y paseos cogidos de la mano por la playa mientras el sol se esconde, envidioso.

Capítulo 2

Así transcurrió el estío más maravilloso que he vivido. Playa, sol, agua, cervezas, caminatas bajo el atardecer y sexo sin fin y sin límite. Susurros al oído, complicidades recién tejidas. Amor en el estado más puro que existe: el primero, adolescente, y con una promesa de «para siempre jamás».

«Y el verano acabó y el otoño duró lo que tarda en llegar el invierno», que diría Sabina. La vuelta a la rutina, ella en su universidad de Medicina y yo con mi doble grado de ADE y Derecho, enfrió (un poco) la relación. Alicia ya no llevaba los pechos casi siempre al descubierto y yo tenía otras cosas en la cabeza: los estudios, los amigos a los que reencontré después de tres meses desaparecido, el Barça dos veces por semana y mi equipo de baloncesto de la facultad, con su inexcusable partido del jueves por la noche.

Ella ya no era mi norte y mi sur, mi este y mi oeste, pero seguía siendo, al menos, un par de puntos cardinales: la quería con locura. Los fines de semana eran un receso en nuestras vidas estudiantiles, que disfrutábamos a tope. Nos amábamos en cualquier lugar, con cualquier excusa, y seguía demostrándome unas habilidades sexuales por encima de lo que uno esperaría de una chica de su edad y experiencia.

Fue un año magnífico: cero discusiones, ella adaptándose de forma maravillosa a mi vida y yo intentando darle lo que necesitaba, fuera lo que fuera, porque no pedía nada.

Igual no notáis en mi voz un gran entusiasmo: es cierto. Nuestra relación era lo que todo chico de dieciocho años querría: una novia hermosa, sexualmente espectacular y dócil cuando mi prioridad no era ella, lo que pasaba a menudo. Pero, como casi todo en la vida, Alicia tenía un defecto que, prudentemente, intentaba arrojar lejos de mis pensamientos para que no estropeará lo que, seguía estando seguro, sería mi primer y último gran amor: le faltaba hambre.

Estar famélico de vida es una cualidad innegociable, especialmente antes de cumplir los veinte. Alicia era magnífica, genial, estaba colmada de virtudes, pero parecía una señora casada de treinta años. Cualquier plan le parecía estupendo, seguramente porque ninguno era perfecto.

—Lo importante es estar juntos —me repetía como un mantra.

Yo sonreía mientras susurraba un «sí, mi amor», y le pasaba un brazo

cariñosamente, hoy por los hombros, mañana por la cintura.

Nada la sorprendía como a mí, nada la excitaba como a mí. Tenía la sensación de que había viajado por todo el planeta y disfrutado, ya no del Louvre, si no de las extintas siete maravillas y que, si nos escapábamos un fin de semana a París, solo lo gozaba a través de mis ojos. Sus enciclopédicos conocimientos de países y monumentos, antiguos y pasados, me llevaban a desconfiar, intuyendo una tomadura de pelo en toda regla. Hablaba de la historia de la Torre Eiffel como si la hubiera construido ella, tornillo a tornillo, con la misma seguridad que decía que el Faro de Alejandría estaba sobrevalorado, que no había para tanto y que le resultaba incomprensible que estuviera en esa lista de maravillas.

—¿Ya habías estado en París? ¿Con tus padres? —preguntaba al descubrir que no le hacía falta un mapa para llegar al más recóndito paraje parisino.

—¡Qué va! Mi primera vez aquí, al menos en esta vida —reía.

«En esta vida al menos». Esa era su frase. Siempre. ¡Cómo si hubiera otras!

Capítulo 3

Cambiamos Ibiza por Formentera para nuestro segundo verano juntos. Nuevamente la playa, la escasez de ropa, el sol, el sexo y alguna escapada a Ibiza para demostrar que no teníamos cuarenta años, fueron los protagonistas.

Sin darme cuenta, he hecho una descripción de lo más adecuada: los actores principales éramos nosotros, pero los complementos (la finura de la arena, la transparencia del agua, el rojo de los crepúsculos y el naranja de los amaneceres) ganaban importancia. El escenario vencía, poco a poco, de forma imperceptible, a los protagonistas.

Ya no éramos los Romeo y Julieta del año pasado, dispuestos a morir antes que soportar una separación, aunque fuera temporal. Éramos más terrenales, más parecidos a todos nuestros amigos, a sus relaciones. Confortablemente felices.

Alquilamos un pequeño apartamento de una planta en una microurbánización de tres viviendas, cerca de ninguna parte. Una Vespa tan *vintage* como nuestros cascos nos trasladaba a las playas, nos llevaba a las fiestas que se celebraban en la arena cuando caía el sol y nos devolvía a casa cuando el nuevo día despuntaba. Veíamos poco a los vecinos, otras dos parejas que hacían horarios más racionales, a los que se les notaba a disgusto en un paraje tan bello, pidiendo perdón a cada gesto por estar ahí.

El doce de agosto la noche era clara, ni una sola nube se había atisbado en todo el día, y la oscuridad apareció preñada del cielo estrellado más denso que unos ojos nunca contemplaron. Decidimos quedarnos en casa, estiramos un par de toallas en el césped y nos sentamos cogidos de la mano, con una copa de vino tinto en la otra. Unas velas estratégicamente situadas (idea mía, por supuesto) completaban la romántica escena sin provocar suficiente contaminación lumínica que estropeará el prodigio de la naturaleza.

San Lorenzo acudió a su cita, puntual, lanzando sus perseidas, cientos de meteoros que se suicidaban para que los enamorados tuviéramos unas cuantas estrellas fugaces a las que pedir un buen puñado de deseos.

No habían pasado ni tres sorbos de vino cuando las otras dos parejas nos imitaron y se sentaron a nuestro alrededor, saludándonos con una sonrisa y un tono de voz bajo, como el que utilizaríamos en una iglesia o en un funeral. El recogimiento llenaba de armonía nuestros corazones; era uno de esos

momentos en que, si a uno le ofrecen trabajar diez años para una ONG, adoptar veinte gatos o pagarles los estudios a cien niños sin recursos en la mejor universidad privada del país, firma sin pensarlo.

Paz. Amor. Universo.

Al cabo de pocos minutos el espectáculo aumentó de intensidad, la frecuencia de luces que aparecían, impacientes por morir instantes después, no paraba de crecer. Un «oh» de admiración se escapaba de cinco bocas mientras lágrimas de emoción inundaban diez ojos.

Me giré y sorprendí a mi amada mirándome con una sonrisa llena de absoluta y total adoración hacia mí, pero ajena a ese regalo de Dios o de la física, que cada uno piense lo que quiera, del que los demás disfrutábamos. Justo en ese momento, terriblemente turbado por su imagen, tuve una epifanía, el descubrimiento de una verdad que hasta ese instante solo intuía de forma lejana, y algo se quebró en mi interior.

Empecé a llorar, primero poco a poco y, segundos después, de forma desconsolada, mientras Alicia me abrazaba, acurrucándose entre sus pechos. El amor de la mirada de mi chica me había destrozado y no comprendía por qué.

Entre mis sollozos y mi tristeza divisaba las lágrimas de San Lorenzo y repetía con angustia, con un hilo de voz apenas perceptible, «qué deseo pido». Entre tinieblas adivinaba a las otras dos parejas, gozando en su mediocridad, ajenas a un drama que no entendía muy bien pero que Alicia asumía con naturalidad mientras me mecía, sin hacerme la pregunta que me atormentaba: «¿Por qué lloras?».

La noche avanzó sin que pudiera calmar mi desazón, sin que mis gemidos se apagaran, sin que mi zozobra sin fin se disipara. Poco a poco, segundo a segundo, agotado por el torrente de desolación que me había arrasado fui vencido por el sueño.

Capítulo 4

Desperté con el frío del amanecer, acurrucado en nuestra cama, a la que no recordaba haber llegado el día anterior, desorientado, gélido y vacío.

Me giré para confirmar algo que mi alma sabía con certeza desde el momento en que abrí los ojos. Estaba solo. No me refiero en la cama, que también. Alicia se había ido. No la sentía, me había abandonado. Ya no estaba junto a mí y era definitivo, había perdido a mi media naranja y su ausencia era el dolor más intenso que había sentido jamás.

Escapé del lecho poco a poco, como un viejo artrósico de al menos cien años, que era exactamente como me sentía. Una tristeza inmensa, en esta ocasión sin lágrimas, se había adueñado de mí y de mis articulaciones: caminé arrastrando los pies, como un zombi, por la casa, buscando una explicación.

No creáis que esperaba encontrarme a Alicia en el sofá o en la cocina «vestida» solo con una gorra y poco más, preparándome el café. Su ausencia era incuestionable.

No miré en los armarios porque que se hubiera llevado o no su ropa quedaba en anécdota, era el fin del mejor año de mi vida y el pesar de su pérdida no significaba nada en comparación con el horizonte sombrío que se desplegaba ante mí. No volvería a amar. Con diecinueve años. Reiros si queréis, pero era una certeza para mí. Al menos durante lustros.

Acudí a la cocina con la saludable intención de mejorar mis aflicciones con un par de cervezas. Ya puestos cogí un *pack* de seis (me gusta vivir al límite), y me dirigí al porche. Fue entonces cuando vi un papel en la mesa del comedor. Lo cogí con la mano que llevaba las latas y salí de la casa, disfruté unos instantes del sentimiento desgarrador del que se enfrenta a un fatal destino ya escrito y pensé: «Cuando te vayas a volver a enamorar recuerda lo terrible que es el final, gilipollas», mientras desdoblaba la carta.

Te quiero y lo sabes. Cuatro trazos de tinta sobre un papel jamás podrán glosar todo el amor que siento por ti, ni aunque fuera la mejor poetisa de todos los tiempos. Mi te quiero es un te adoro con todas las letras bien marcadas, con un tono firme y sereno, con mayúsculas y negritas, pronunciado en alto ante toda la humanidad. No es una frase dicha a la ligera, es la sentida afirmación de quien ha amado mucho durante su vida,

pero nunca como a ti.

Guarda en tu retina mi mirada de ayer, esos ojos que despreciaban las perseidas para clavarse en tu cara, que adoro, en tu mentón soberbio, en el resplandor de tus ojos, en el fulgor de tus mejillas, en el aura perfecta de tu alma.

Te quiero tanto que te tengo que dejar. Por muchas cosas que nunca entenderías, créeme, pero especialmente por una: me quieres, pero no como yo a ti. Sé que ahora estarás desolado por no tenerme a tu lado abrazándote, susurrándote al oído que todo irá bien, que mañana las olas nos volverán a acariciar los pies, en alguna playa de alguna isla, mientras nos decimos secretos a la orilla del mar. Tu amor hacia mí es, simplemente, una parte de tu pasión hacia la vida: hacia descubrir nuevos destinos, hacia todas las personas especiales que encuentras y encontrarás, hacia esas sensaciones aún no vividas, hacia una lluvia de estrellas como la de anoche, que te hizo sentir como nunca la grandeza del universo.

Dentro de tu corazón sabes, desde hace meses, que soy vieja. Una anciana de diecinueve años que lo ha visto todo, que no se emociona por nada. Excepto por ti. Nada me sorprende, nada me excita, nada me acelera el pulso. Solo tú. Lo siento. Mi mayor deseo sería volver a ser un libro con todas sus hojas en blanco y que tú me escribieras, o mejor, que los dos inventáramos juntos una historia para llenarlo. Desgraciadamente no puede ser y esa es mi mayor maldición, porque me lleva al abismo.

Solo te amo a ti y te he perdido por no querer nada más.

Por último, he de pedirte disculpas. Hice una travesura el día en que nos conocimos que nunca me perdonaré porque, sin duda, te hará sufrir. En ese momento no eras, como ahora, mi universo. Pensaba que, simplemente, serías un pasatiempo del mes de junio. Me maldigo, como si no lo estuviera ya bastante, por lo que te hice, pero, a la vez, en esa alma retorcida que me acompañará toda la eternidad, me alegro.

Solo te pido que el día que descubras lo que te hice me disculpes y me creas cuando te digo que no tiene vuelta atrás. No lo sé arreglar.

Mis últimas palabras son para recordarte, una vez más, que te quiero.

Cuando lo dudes rememóralo, no en estas letras torpemente garabateadas en un trozo de papel manchado de las lágrimas que son mi vida derramándose, si no en el fondo de mis ojos azules que te miraron ayer por última vez mientras las estrellas se reflejaban en tus pupilas.

Te quiero. Alicia.

Capítulo 5

Anduve los días que me quedaban por la isla perdido como un niño de cuatro años, abandonado en la selva amazónica. Mi curso acelerado de madurez estaba siendo un poco cruel. A mi adolescencia, en ese concepto anglosajón de los años acabados en *teen*, le quedaban diez meses, pero mis diecinueve años se me antojaban terriblemente diferentes de los dieciocho.

«Un año de perro equivale a siete de humano, pero, a veces, en doce meses una persona vive tanto que le parece una década». Esa frase de mi padre, que siempre me había sonado a hipérbole de adulto sabiondo, cobró vida adquiriendo tintes de verdad absoluta, merecedora de estar esculpida a fuego sobre piedra sagrada.

En un curso había madurado más que en todo el resto de la adolescencia porque, además de otras minucias como empezar la facultad, había completado un ciclo de pasión: enloquecerse, amar y perder. Suelen ser necesarios más años para cuadrar el círculo, como pasa en casi todas las parejas: es ley de vida, la crónica de una muerte anunciada. Lo había visto en casa con mi padre y las dos novias «serias» que tuvo desde que enviudó, pero también con sus amigos y mis tíos.

Ahora lo estaba experimentando en carne propia, y se asemejaba a un cuchillo candente entrando, una y otra vez, en mis entrañas. Dos personas se conocen, se descubren, se quieren y se separan en algún lugar del camino. La originalidad, lo que hace que los casos sean únicos, depende exclusivamente del *atrezzo*, de los detalles que los rodean, de los diálogos y de los personajes principales y secundarios.

Barajé la posibilidad de llamar a mi padre para que me viniera a buscar o para que estuviera unos días intentando alejar mi soledad con su presencia, pero mi nueva madurez me exigía no angustiar a nadie más, llevar mi pena en el anonimato, en ese silencio que solo rompía la brisa en el atardecer de las playas, ahora con una belleza apagada, donde me quedaba más allá de la huida del sol sin saber cuál era la próxima estación hacia donde debía encaminarme: ninguna tenía ni sentido ni atractivo.

El límite entre llorar una pérdida y la autocompasión es muy fino. Nunca he sido un ser excesivamente sensible. La pérdida de mi madre cuando tenía

tan solo trece años me enseñó a diferenciar los pequeños contratiempos de las grandes desgracias, dramatizando cada bofetada de la vida en su justa medida. Así que cuatro días de alcohol, *pizzas* y dormir a deshoras, de llorar hasta la deshidratación y de escribir y destruir decenas de cartas para contestar a una misiva que no admitía respuesta, fueron suficientes para que estuviera preparado para volver a lo que era mi vida sin Alicia.

Cogí el ferri hacia Ibiza y me despedí de Formentera, maravillosa isla a la que nunca más volvería, mancillada por mi pérdida, irremediablemente asociada toda la eternidad al desamor y a la melancolía.

Capítulo 6

Regresé dispuesto a retomar lo que quedaba de mi vida. Septiembre caía sobre Barcelona y el inicio del curso con sus encuentros posveraniegos y sus preparativos me sacaron del abismo, obligándome a retomar una cierta vida social que cumplía con la eficacia y desgana de un funcionario en viernes tarde, antes de un puente.

Podría decir que nada tenía sentido para mí, que ya no quería vivir y que, hora tras hora, dormitaba en el colchón escudriñando las telarañas de mi habitación mientras sonaban en mis auriculares canciones de desamor. Pero no. Poco a poco intenté volver a mi vida de siempre, aunque sabía que ya no era la misma: alguien la había grabado en vídeo y la había editado con colores más fríos. Era igual pero peor, una mala copia, un sucedáneo que solo recordaba amargamente al original.

El anhelo de llegar al fin de semana y verla no existía, la ilusión de descubrir un nuevo restaurante junto a ella o la rutina de pedir *sushi* para comerlo en casa viendo una peli, aprovechando que mi padre no estaba, ya no formaba parte de la ecuación de mi día a día.

Este cuadro pintado con hastío en que se había convertido mi vida fue, poco a poco, siendo aceptado como una nueva normalidad. Mi existencia era más calmada, más relajada, menos hormonada, más espiritual. En resumen: un coñazo.

Os he explicado antes que era (soy) de carácter poco sensible pero bastante apasionado. Me gustaba experimentar, viajar, descubrir. No me bastaba con la explicación oficial, quería detalles, conocer el funcionamiento último de las cosas, el principio que las creaba, sacarle punta a todos los lápices que encontraba por la vida, adoptando las formas más diversas: si iba al Prado prefería contemplar solo la época negra de Goya e intentar entender qué pasa por la cabeza de una persona presa de la locura, si cenábamos con un estudiante de intercambio de Arabia Saudí lo destrozaba a preguntas sobre su religión, su país, su forma de vida. Y así con todas las novedades con las que la vida nos sorprende en cada rincón.

Semana a semana, mes a mes, me fui recuperando. Llegó el verano y volví a viajar, esta vez con mi grupo de la universidad. Dos meses en Perú en un proyecto solidario que habíamos creado durante todo el curso cuatro

compañeros. La teoría era preciosa. Se basaba en crear proyectos de desarrollo en el ámbito de la educación ligados a colegios de Barcelona, mediante técnicas de *crowdfunding*.

El objetivo era doble: el más importante era, obviamente, mejorar la vida de los más pobres aportando nuestro granito de arena, pero nos enganchara más el segundo. Conseguir que los más favorecidos (implicamos en el proyecto solo a colegios privados y concertados) vieran los beneficios personales de dar, de abrirse a los más necesitados y, en este caso, de tener un proyecto que, aunque estuviera a miles de kilómetros, debía convertirse en el sueño de cientos de niños bien. Ver otra realidad que les sacara, aunque fuera por poco tiempo, de esa burbuja de bienestar en la que viven.

Decir que fuimos cuatro compañeros es correcto pero inexacto, punto negativo para el lenguaje no inclusivo. Tres chicas y yo desembarcamos los dos meses de verano en la ciudad de Huanta, la esmeralda de los Andes, intentando devolver a la sociedad parte de lo que nos estaba dando en nuestro papel de niños mimados que iban una universidad carísima y elitista y a los que, se suponía, nos esperaba un trabajo fantástico al acabar.

Nada como arremangarte, mezclarte con una realidad social opuesta a la tuya donde las preocupaciones son cuestiones de pura supervivencia y no nimiedades, como si el Barça ganará la liga o si te has quedado sin datos en el iPhone (y alguna más sería como aprobar los exámenes) para seguir con nuestro crecimiento personal.

En Perú celebré los veinte, con visita relámpago de mi padre que quería verme preocupado por alguien o algo que no fuera yo. Nunca lo vi tan orgulloso como en ese momento, intuyendo que estaba dando «el cambio» y que empezaba a entender esa frase tan viejuna en la que se basaba todo el proyecto: «Es más bonito dar que recibir».

Mis cómplices eran María, Andrea y Lucía. Tres chicas maravillosas: guapas, listas, simpáticas y brillantes a las que, permitidme la inmodestia, les gustaba de forma evidente. Dos meses acompañado de ese elenco de bellezas (y no hablo del físico, en otra frase manida os puedo asegurar que eran guapas por dentro y por fuera) debería haber sobrado para que me enamorara perdidamente de las tres. Bueno, al menos de dos de ellas o, hilando muy fino, solo de una.

Pero no. Ni de chiste. Fuera del deseo sexual que me provocaban (más de una erección tuve que disimular cuando el contacto físico se hacía más prolongado), no sentía nada por ellas fuera de una amigable sensación de

amor. No penséis que me había convertido en un amigo gay. Ni mucho menos. Para que quede claro, os lo diré en román paladino: me las hubiera follado a las tres, pero no hubiera hecho el amor con ninguna. Así que a todos los que estáis esperando un relato sexual de mis aventuras, empezando con Lucía, siguiendo con María y acabando con Andrea, os decepcionaré. Fui lo suficientemente inteligente para controlarme y no crear un conflicto que hubiera destrozado un grupo que funcionó maravillosamente bien. Trabajamos como enanos, nos divertimos, reímos como tontos, crecimos enormemente como personas y entendimos que habíamos fallado en el objetivo con el que fuimos: no habíamos devuelto nada a la sociedad porque, nuevamente, habíamos salido ganando, esta vez en mejora personal.

Me convencí de que un año no había sido suficiente para olvidar a Alicia, que las heridas no se habían cerrado aún, que necesitaría otra temporada de fútbol o año escolar (en mi casa siempre habíamos tenido la peregrina idea de que el tiempo se contaba por ligas o cursos aprobados en el cole) para volver a sentir.

Había oído historias de divorciados que cifraban en veinticuatro meses el tiempo para estar preparado para volver al juego con unas buenas cartas, dispuesto a jugártela para tener un *black jack* y no quedarte con un diecinueve. Y compré la teoría, porque no hay nada más fácil que dejarte convencer cuando te dicen lo que quieres oír.

Capítulo 7

Al volver a Barcelona y una vez superado el *jet lag* fui a cenar con mi padre.

—Vamos fuera que en los restaurantes se te suelta la lengua y quiero que me expliques cómo te ha ido el verano. El mío ha sido un rollo. Ya sabes que los padres queremos vivir una apasionante segunda vida en las aventuras de nuestros hijos, así que necesito detalles —me dijo.

Le conté todo mi verano, con pelos y señales, aunque no eran ni los pelos ni las señales que había imaginado mi calenturiento padre. A pesar de todo atendió interesado y, al acabar, me hizo una única y previsible pregunta.

—¿Y no te gusta ninguna de las tres chicas?

—Son guapísimas las tres —contesté.

—Ya me entiendes.

—Pues no...

—Eres un poco raro, yo hubiera vuelto prometido con las tres. Me hubiera hecho mormón y las habría intentado convencer de las bondades de la poligamia. Me parecieron geniales. Guapas, listas, divertidas, y te miraban con carilla de querer algo más.

—Lo sé —acepté preocupado.

Tras unos segundos de reflexión en los que aprovechamos para zamparnos una crema catalana y una *panna cotta* (todo para compartir) volvió a la carga.

—¿De Alicia no sabes nada?

—No.

Mi padre tenía la obsesión de ser amigo de todas sus ex, lo cual era un trabajo tan improbable como incomprendido por sus amigos. Algunos incluso le citaban artículos que demostraban, sin el más mínimo resquicio de duda, que era un rasgo de psicopatía. Él siempre presumía de ello, encogiéndose de hombros. «Tan malo no será», decía para argumentar acto seguido que personas que habían sido importantes en un fragmento de su existencia no podían desaparecer así como así, solo porque no fueran la mujer de su vida.

—Le envié unos *wasaps* al volver de Formentera y no me contestó. En Navidad la llamé para felicitarle las fiestas y había cambiado de teléfono. Entendí que no debía importunarla más, que era mejor pasar. No hay mucho

que negociar y, en mi fuero interno, sé que lleva más razón que una santa. Algo fallaba.

—¿Guardas la carta?

—Claro.

—¿Me la dejas?

—Ok. La tengo en casa.

No había vuelto a sacarla del sobre desde que regresé a la península de aquel desgraciado viaje. La recuperé del fondo del cajón y la releí en diagonal antes de dejársela. Fui a preparar dos cafés mientras mi padre la escudriñaba, serio, como si estuviera estudiando las Sagradas Escrituras.

Volví con los dos Nespresso acompañados de unos azucarillos que, por tradición familiar y en homenaje a mi abuela cleptómana que inició el rito, robábamos de los bares al desayunar.

—Dame tu versión —me dijo.

—Pues que me dejó porque me necesitaba más que yo a ella —contesté simplificando.

—¿Estás de acuerdo?

—No, pero sí. Ella solo parecía emocionarse conmigo y yo, aunque la quería con locura, seguía necesitando todo mi mundo alrededor: familia, amigos, estudios, el Barça... A ella le daba igual ir a cenar a una pizzería cutre al lado de casa que a Roma en un restaurante con vistas al Coliseo, a la playa de Castelldefels un atestado domingo que a un desértico cayo de Cuba. Si estaba yo, el resto no importaba. Para mí no era así, pero eso no significa que no la amara con todo mi corazón.

—O sea que le das la razón —insistió.

—Sí, excepto que fuera motivo de dejarlo. Yo no lo hubiera hecho. Estaba genial con ella.

Por tercera vez se enfrascó en la lectura, buscando un mensaje secreto, alguna marca de agua en el escrito, algo que yo no es que no hubiera encontrado, es que ni se me pasó por la cabeza que pudiera estar escondido en la misiva.

—¿Qué significa? —me preguntó señalándome la última parte del texto.

Por último, he de pedirte disculpas. Hice una travesura el día en que nos conocimos que nunca me perdonaré porque, sin duda, te hará sufrir. En ese momento no eras, como ahora, mi universo. Pensaba que, simplemente, serías un pasatiempo del mes de junio. Me maldigo, como si no lo estuviera

ya bastante, por lo que te hice, pero, a la vez, en esa alma retorcida que me acompañará toda la eternidad, me alegro.

—Ni idea, la verdad. Solo la leí una vez y no le di más importancia — reconocí.

—¿A qué se refiere con *hice una travesura*?

No contesté porque repetir otro «ni idea» no hubiera sido bien recibido por mi progenitor que esperaba de mi un repertorio de sinónimos amplio y variado, que para eso me había pagado una educación de primera. Un poco de lenguaje corporal le obligó a cambiar de tema hacia la insustancialidad.

Capítulo 8

Los días pasaron nuevamente uno tras otro, en una sucesión de imágenes de páginas del calendario cayendo como hojas en otoño. Mi día a día era tercero de carrera, una experiencia claramente menos excitante que primero o segundo. No solo en amores, en cualquier experiencia de la vida el primer corte es el más profundo, como bien dijo Cat Stevens.

Me hice inseparable de Lucía, María y Andrea. En las clases, en las salidas de fin de semana o en esos pequeños viajes en los que intentábamos desconectar y coger fuerzas. Una relación de extraña amistad que se fue afianzando en la medida que las tres descubrieron, sorprendidas, que no tenía el más mínimo interés romántico en ninguna de ellas.

La tardoadolescencia o primera juventud es una época curiosa en la que se nos presuponen demasiadas virtudes, como las de tener un carácter y una personalidad fuerte y debidamente formada.

Mis tres amigas tenían la inseguridad que adorna a la mayoría de chicas guapas y que, paradójicamente, los hombres nunca detectamos. Una chica fea tiene miedo de no gustar porque es su hábitat natural, nadie le hace caso por culpa de su físico y cuando conoce a un hombre tiene la certeza de que no provocará ningún sentimiento. Una mujer joven y hermosa tiene pánico a no levantar pasiones porque es una sensación que desconoce, que ha sufrido pocas veces en su vida. Eso le provoca un malestar terrible. ¿Cómo puedo no gustarle? ¿Estaré perdiendo mi encanto? ¿Habré engordado cien gramos?

El poder del hombre al mostrar indiferencia por las *cheer leaders* del curso está absolutamente infravalorado. Ahí lo dejo.

No mostrar preferencias por ninguna de las tres fue clave en que cada vez me quisieran más. De manual para ligar: trátalas extraordinariamente bien, pero sin dejar que tengan el mando, sé terriblemente encantador, pero no vayas detrás de ellas en exceso, compórtate como un dandi de forma generalizada. Desconciértalas. Dales una de cal y otra de arena. Todo eso hice yo, pero no me atribuyo ningún mérito: fue sin querer.

Seguía con ese terrible vacío en mi interior en el plano amoroso, que contrarrestaba con la pasión con la que me enfrentaba a la vida: mis estudios, mis *hobbies*, mis amigos, el deporte o la política.

Llegó el mes de junio. Curso superado con buenas notas, tocaba

desquitarse: a romper la noche, a salir, a quemarlo todo. Miles de universitarios éramos abruptamente liberados de nuestras ocupaciones y tomábamos la noche barcelonesa. Cada universidad se veía en la obligación de montar su propia farra: Arquitectura, Derecho, Magisterio, Periodismo... Empezaba la competición para montar la mejor. Una tras otra nos iban llegando las invitaciones y decidíamos en pequeñas reuniones a cuál ir y a cuál no. Nuestro grupo de cuatro se ampliaba a una veintena de compañeros fiesteros.

Y pasó lo que tenía que pasar, que Medicina montaba un evento absolutamente irresistible. Habían alquilado el Mirabé para la ocasión: una barra libre con las mejores vistas de Barcelona. A pesar de que me apetecía ir a ese evento menos que sacarme una muela con un dentista con titulación dudosa que se hubiera quedado sin anestesia, no ofrecí resistencia.

Por si no lo recordáis, Alicia estudiaba Medicina. No la había vuelto a ver desde la noche de las perseidas y, aunque Barcelona es una ciudad con gran cantidad de restaurantes para cenar, muchos bares de copas para emborracharse y decenas de discotecas para rematar la noche, no eran tantos como para no habernos encontrado ni una sola vez en casi dos años. Curioso.

No estaba obsesionado con ella ni mucho menos. Poco a poco, como suele pasar, dejó de ser lo primero en lo que pensaba al levantarme y la última imagen que acudía a mi cerebro antes de perder la consciencia cada noche. Cada día, pizca a pizca, milímetro a milímetro, su recuerdo se iba difuminando y sus apariciones, bailando sensualmente entre mis neuronas, se espaciaban en el tiempo.

La idea de volver a verla era una constante en mis primeros días sin ella; en cada salida nocturna, en cada paseo, en cada fiesta. Pero, de forma gradual, dejé de buscar entre los grupos de chicas una imagen celestial como la de Ibiza, de sufrir palpitaciones cuando veía una melena rubia o unos tejanos y un culito como el suyo, esperando que fuera ella la que se girara.

Esta vez iba en serio: era una fiesta de su facultad así que el reencuentro estaba servido. El momento en que uno sabe si ha pasado página con una ex es este, cuando la ve con una copa en la mano tonteando con otro o besándose. Si tu estómago no te obliga a salir huyendo a buscar aire fresco, acompañado de náuseas y mareos, es que estás curado.

Acepté el envite con gallardía, dispuesto a fingir la normalidad que se espera hoy en día: ser muy civilizados y actuar como si no pasara nada. ¿Hay que ir al Mirabé? Pues se va.

Capítulo 9

Taciturno y meditabundo me hallo subiendo la ladera del Tibidabo. Porque una cosa es cumplir con el deber y enfrentarte a lo inevitable y otra, bien distinta, hacerlo. Vamos, que no tenía ganas. Una noche en casa viendo Netflix era más atractiva. Mil veces.

Así que me veo caminando cuesta arriba sobre los raíles del extinto Tranvía Blau y acercándome a mi pasado. Venga a darle vueltas a la cabeza y a plantearme las distintas posibilidades: no verla, que esté sola rodeada de amigas, sola sola o con un maromo.

Dibujaba en mi mente cada problema con su correspondiente solución: desde no acercarme a ser el hombre más encantador del planeta, aunque me estuviera desgarrando por dentro. ¿Notaría otra vez ese terrible vacío en mi interior? ¿Quizás indiferencia? ¿Tristeza? ¿Melancolía? ¿Nada?

El Mirabé estaba repleto. Muchos jóvenes de dieciocho a veintitrés años y algunos listillos de treinta para arriba que se colaban a pescar entre las estudiantes, se acercaban a la barra para empezar (o continuar) el tradicional proceso de alcoholización. Una muchedumbre.

Era uno de esos momentos en que has de mantener la dignidad y no parecer una jirafa levantando el cuello por encima de tus amigos para otear el horizonte. En que tienes que seguir conversaciones, una tarea ya habitualmente complicada por el alto volumen de la música, y la noche (concepto) que nos atonta a todos. Ese día no me interesaba lo más mínimo lo que charloteaban. Quería encender las luces, silenciar esa horrorosa canción de bachata que martilleaba mis oídos, hacer una fila bien ordenadita de todas las chicas y mirar si Alicia estaba en el local. Y a partir de ahí, que Dios repartiera suerte.

Pero la vida es cruel y ese día tampoco me lo iba a poner fácil. Tras tres horas y un par de falsas alarmas en forma de «será ella», empecé a rendirme a la evidencia: no estaba.

La desilusión y el alivio perfectamente mezclados, no agitados, que diría James Bond, me invadieron. No la vería. No sufriría, pero tampoco tendría la respuesta a ese interrogante que me asaltaba. ¿Por qué en dos años no me había atraído ninguna otra chica?

La noche pasaba muy lentamente, pero, por fin, parecía llegar a su fin. Miré mi reloj: las cinco de la madrugada. Mis amigas estaban siendo acosadas

por tres futuros arquitectos. Me acerqué al grupo y les expliqué un chiste que a mi padre le hacía mucha gracia, sobre la definición de arquitecto: «Dícese de aquel que no ha sido lo suficientemente hombre para estudiar ingeniería ni lo suficientemente gay para dedicarse al interiorismo».

Contra todo pronóstico no les gustó, y hasta mis compañeras me miraron con desprecio llevadas por esa corriente de ser políticamente correctas. «Los arquitectos no tienen sentido del humor», apunté mentalmente mientras pedía mi enésimo gin-tonic. No os preocupéis por mi tasa de alcoholemia, que no conducía, y la historia no acabará con drama automovilístico (pequeño *spoiler*).

Apuraba mi copa, intentando recordar más chistes de arquitectos, cuando me atacaron dos chicas. Monísimas. Algo raro a las cinco de la madrugada en que las mejores piezas suelen brillar por su ausencia. «El mundo cambia, aún hay esperanza», dramaticé, imaginado un brindis con la luna.

—Hola, ¿qué haces tan solito? —preguntó la rubia.

—Beber —sonreí.

—¿Mal de amores? —interpeló la morena, juguetona.

—Ni idea —dije encogiéndome de hombros.

—¿De qué facultad eres? Nos sueñas un montón.

—ESADE, doble grado. ¿Vosotras?

—Medicina en la Universidad de Barcelona.

Ahí es cuando las vi (no es lo mismo mirar que ver) por primera vez y me di cuenta de que las conocía: eran de la clase de Alicia.

—¿Tercero? —murmuré.

—¡¡¡Sí!!! —chillaron como si hubieran descubierto la teoría de la relatividad.

—Salí con Alicia en primero de carrera. Os conozco. ¿No ha venido, no? —me aventuré.

—¿Estás de broma? Lo dejó al terminar primero. Desapareció y nadie sabe nada de ella desde ese verano.

—Pues yo tampoco. Nada de nada desde que volvimos de Formentera en agosto —dije sin un atisbo de emoción en mi voz.

Noté el peso de sus miradas y, en breves instantes, pasé de ser candidato a padre de sus hijos a posible (probable) asesino en serie. Balbucearon una excusa y se marcharon como si el diablo las persiguiera.

Con mi nuevo disfraz de Lucifer, apuré mi gin-tonic, me acerqué a mis amigas y sus pretendientes, proyectos de arquitectos sin sentido del humor, les

solté un etílico «os quiero chicas, pero me voy», acompañado de un irónico «os dejo en buenas manos», y emprendí la retirada.

Os podría describir una escena de película, atravesando la terraza del Mirabé, con el fondo de Barcelona y su *skyline* siendo testigos de mi borrachera y mi extraño desamor. Por qué no, ya puestos, con un cigarrillo en mis labios y un sombrero de ala ancha de medio lado, en una extraña mezcla entre Pedro Navaja y Tom Waits.

Pero fue infinitamente más triste. Llegué tambaleándome hasta el mirador y, con la turca que llevaba encima, era incapaz de ver ya no el Hotel Vela al fondo, si no la silla que, estoy seguro, había situado hábilmente alguno de mis tres recién adquiridos archienemigos, si no los tres, en una obra maestra de la arquitectura civil. Tropecé y, de repente, me vi en el suelo, contemplando las estrellas, que se movían sin necesidad de que hubiera una lluvia de perseidas.

Me encontraba muy a gusto estirado, mirando al infinito. Notaba un líquido caliente en mi cuero cabelludo, pero esos puntitos luminosos dibujando constelaciones que siempre había sido incapaz de reconocer me tenían cautivado. Un par de estudiantes, seguro que gente de bien, no arquitectos, hicieron ademán de ayudarme a pesar de que mi aspecto debía ser lamentable. Estaba borracho, tirado en el suelo de una fiesta universitaria a las cinco (o sea, la misma definición de suciedad) y con abundante sangre en la cabeza.

—Dejadme, estoy genial así —les despaché amablemente.

Pasaron diez segundos más y una imagen angelical tapó las estrellas. Era Lucía, una de mis tres compañeras, sonriéndome. Todas eran guapas pero lo de esta chica era sobrenatural: tenía esa belleza que trasciende lo físico, que viene del alma, del espíritu, de lo que hay bajo la piel.

—Hola —me dijo con dulzura—, creo que necesitas ayuda.

—No creas, es mi postura favorita —aseveré dignamente.

—Estoy segura, me tumbaría contigo a mirar las estrellas, pero los de seguridad vienen para aquí y no comparten tu afición por la astronomía —dijo, resumiendo brevemente la situación.

Cerré los ojos tan solo un par de segundos para coger fuerzas y los volví a abrir para contemplar su cara perfecta, su espectacular pelo negro y rizado y esos ojos azabaches que había admirado tantas veces y en tantas situaciones.

Pero en esta ocasión, quizás con la innegable lucidez de la borrachera, vi más allá. Tras sus vidriosos ojos, vislumbré, más que cariño, la indiscutible mirada de una mujer enamorada. Era la chica más guapa del universo, buena,

simpática y me quería. Y yo, aunque valoraba todas y cada una de sus cualidades, a pesar de que si me hubieran pedido en comisaría un retrato robot de mi tal para cual, de mi pareja ideal, hubiera ayudado a dibujar cada trazo de sus labios, cada ángulo de sus ojos, cada curva de su cuerpo, de que era la persona con la que más a gusto me sentía y de la que no quería separarme nunca, no sentía más que una fraternal amistad.

Ayudado por la inhibición del alcohol, hice lo único que podía al descubrir, nuevamente bajo la atenta mirada de las estrellas, que mi interior estaba totalmente roto y que era incapaz de amar: llorar como un bebé, estirado en el suelo y con la cabeza ensangrentada. Memorable.

Capítulo 10

Me desperté con un doble dolor de cabeza: el de la deshidratación producida por el alcohol y el de los puntos de sutura que llevaba. Efectivamente, ese líquido caliente que brotaba de mi cabeza era sangre que tenía su origen en un precioso corte que un vaso roto me había producido. Deduje que me habrían llevado a un hospital y un médico me habría suturado. Supuse, porque no recordaba nada: eso que se debieron ahorrar en anestésico.

Lo de los cuatro puntos lo sé porque al despertar, tan dolorido que no podía sentir ni vergüenza, me lo dijo Lucía.

—Felicidades por tu cicatriz, pero ahí no se va a ver. No sirve para ligar —dijo con una voz muy suave que agradecí.

Siguiendo con mi brillante proceso deductivo, entendí que no estaba en mi casa, si no en la suya, vestido solo con unos calzoncillos, estirado en la cama de Lucía, que interpretó con acierto mi cara de estupor al verme en su alcoba. Chica lista y comprensiva, salió al paso antes de que pronunciara alguna estupidez.

—Sí, hemos dormido juntos. No, no miré cuando te desnudé. No, no hemos tenido sexo. Eras más inofensivo que un gatito recién nacido. Vamos, como siempre —recitó de carrerilla.

Le pedí que se sentara junto a mí, en su cama, la besé en la mejilla y le dije un simple gracias. Me abrazó con amor y sentí de nuevo las irrefrenables ganas de llorar del día anterior, como si volviera a estar desangrándome, tumbado en ese suelo lleno de cristales.

—¿Me dejas ducharme? —Hui.

—Claro. Hay toallas limpias, calzoncillos, tejanos y una camiseta en el lavabo. Tienes suerte de que mi hermano tenga tu talla.

Me duché lentamente, pensando que la excusa de limpiar la sangre de mi pelo era suficiente para retrasar lo inevitable: saber qué barbaridad habría perpetrado durante esas horas de *black out* (esperaba que mi borrachera me hubiera impedido cometer excesivas tropelías) y excusarme por todo lo que hubiera hecho e incluso por lo que no. *Resacón en Las Vegas* ya no tenía tanta gracia.

Reaparecí limpio, sin restos de sangre y con toda la dignidad que el agua caliente me había permitido recuperar (poca). Añadamos que el «mi hermano

y tu sois de la misma talla» se basaba en un juicio afectado por el amor fraterno, porque debo sacarle unos «despreciables cinco centímetros» a mi supuesta fotocopia, así que salí como si fuera un niño pobre que lleva la ropa de hace dos años a pesar de haber dado el estirón. En resumen: cero decoro, nula autoestima.

La mesa estaba preparada con un desayuno excesivo para mi lamentable estado de salud, pero, en este caso al menos, la intención es lo que cuenta. Tostadas, zumo de naranja recién exprimido (de esos a los que todavía no se le han escapado las vitaminas), café, fruta, yogur...

La exquisitez del trato de Lucía hizo que me sintiera todavía peor. Poco a poco iba recuperando fragmentos del día anterior, de lo que me pasó tras el enésimo gin-tonic (quiero haceros notar que hacía tiempo que había dejado el *Cointreau* con piña en un claro signo de maduración personal), y la tristeza y una necesidad irrefrenable de estar solo me invadieron.

Devoré, entre náusea y náusea, un par de tostadas y un vaso de zumo de naranja y me despedí de Lucía, mirándola a los ojos, intentando no parecer todo lo ingrato que me sentía.

—Me voy a casa, Lucía. Necesito estar solo y pensar. Gracias por todo. Eres un ángel —dije.

—Ya sabes dónde estoy. Hoy me quedo en casa viendo series. Si necesitas hablar, aquí me tienes —contestó, besándome en la mejilla.

Capítulo 11

Salí hacia casa de mi padre con dos preguntas en mi cerebro, con un par de enigmas que debía desentrañar, o, me temía, nunca sería feliz.

El primero era dónde narices se escondía Alicia. O, mejor aún, quién carajos era esa chica. Intenté rescatar de mi cerebro detalles de su vida y comprendí que no sabía nada de ella. Todo mi bagaje informativo, tras un año de relación, consistía en cuatro ambigüedades que me contó de su familia, a la que nunca conocí (ni tan siquiera vi en foto), y poco más.

Ni una amiga íntima, ni un primo, ni un amigo del cole, ni un ex. Ni un móvil al que llamar en caso de accidente. Indudablemente podría haber insistido para conocer más de ella, pero hay que decir en mi defensa que era una maestra en el arte de esquivar preguntas incómodas y en el del cambio de tema.

El halo de misterio que la rodeaba era lo que la hacía irresistible (además de que estaba como un queso), y mi subconsciente debió entender que conocer demasiado de ella le hubiera restado encanto. Como todos los errores que cometemos, especialmente en nuestras relaciones, me di cuenta demasiado tarde. Alicia era una perfecta desconocida para mí.

¿Cómo solucionarlo? Me imaginé, rollo película americana, yendo a su antiguo domicilio y golpeando la puerta de su casero. Le haría las típicas preguntas del investigador privado, en mi papel de exnovio afligido: «¿Dejó algún teléfono de contacto, alguna dirección de correo?» El casero (que sería o un tipejo feo con un cigarrillo en la boca o una señora mayor, bajita y gorda con bata de mercadillo, que abriría con una escoba en la mano) me diría que no. Yo sacaría dos billetes de cincuenta euros y añadiría: «¿Le refresca esto la memoria?», «tampoco», se reafirmarían mientras se los agenciaban, como si nada.

No lo hice. Podéis pensar: «¡Bien, le queda un poco de dignidad!». Pues no. Simplemente estaba seguro de que era una maniobra inútil y, rápidamente, encontré una aún más degradante.

Perpetré (nada de urdir) un magnífico plan para localizarla: encontrar a sus amigas de la universidad para que me dieran sus señas o el más mínimo dato sobre su vida. Quizás llegar a saber quién había sido esa chica de la que me había enamorado era más importante que encontrarla. Quizás retirarle ese

velo de misterio haría que pudiera entender por qué desde que desapareció (hacía dos años ya) era incapaz de amar. Quizás seguía perdidamente enamorado de ella, debía reconquistarla, y mi problema era así de sencillo y vulgar. Quizás.

Y aquí llegamos al segundo problema: por qué no podía emocionarme con Lucía. Igual me pongo un poco pesado pero lo repito: era perfecta. Física y psíquicamente, por dentro y por fuera, en cuerpo y alma. Cero defectos, millones de virtudes. Y, cada vez lo veía con más claridad, me quería con locura.

A mi cerebro le resultaba increíble que mi corazón se mantuviera impertérrito ante semejante mujer. Ni un atisbo de enamoramiento, ni una pizca de ansiedad por volver a verla, ni un correr a coger el móvil cuando llegaba un mensaje, esperando que fuera ella. Mis miocitos eran témpanos de hielo.

Este permanecer imperturbable de mi corazón se contradecía con lo a gusto que estaba con ella: nos podíamos pasar días enteros estudiando codo con codo, tardes completas viendo series, episodio tras episodio, bajo la manta, piel con piel, sin sentir más que la clásica erección adolescente del que se tiraría todo lo que se moviera.

Estaba convencido de que había un nexo de unión entre Alicia y Lucía, entre no encontrar a una y no poder amar a la otra, así que, como en la historia de la ardilla que tenía que transportar una montaña de nueces, me propuse solventar los problemas de la única forma posible: uno tras otro.

Capítulo 12

Empecé la búsqueda de Alicia de una forma poco sacrificada. Seguíamos en temporada alta de fiestas universitarias, así que, con la esperanza de volver a encontrar a las dos amigas del Mirabé o a otras que pudiera recordar, me apuntaba a cualquier evento.

Jueves, viernes y sábado, salía a darlo todo. Para no quedar como un sociópata o un alcohólico, busqué diferentes grupos de amigos (los del cole, los del baloncesto, los de la facultad) para que se notara menos que esta hiperactividad social que me había invadido de repente tenía truco.

Jueves y viernes agua. Excepto una magnífica tortícolis que adquirí levantando la cabeza, a modo de periscopio para intentar reconocer un rostro conocido, y dos buenas borracheras, pero sin puntos de sutura, no conseguí absolutamente nada. Miento. Reafirmé mis lazos de amistad con amigotes que hacía tiempo que no veía, ya se sabe que los universitarios a veces focalizamos excesivamente hacia un par de prioridades: mujeres y estudios.

La última oportunidad (de la semana) era una fiesta más elitista a la que iba con mis compañeros de ESADE, incluida, claro está, Lucía. Evidentemente no era conocedora de mi absurdo plan así que tuve que mirar disimuladamente a todas las chicas que paseaban, ligeras de ropa, por el Jardí de l'Abadessa, restaurante muy pijo reconvertido en fiesta muy pija.

Una hora (y dos gin-tonics) después de llegar, aparecieron por la puerta las dos amigas del Mirabé. Me lancé hacia ellas sin demasiadas sutilezas y, claro está, se asustaron. La magnífica impresión que les había causado en la anterior fiesta, en la que su calenturienta imaginación me soñaba enterrando los trozos de Alicia en Formentera (cierto, que saliera del local en coma y con la cara ensangrentada no ayudó) hizo que gritaran de pánico cuando me abalancé sobre ellas.

Es de manual que, en una fiesta que se precie, ante cualquier bella damisela en apuros, aparezcan cien caballeros armados que creen que rescatarla les conducirá a una noche sin fin de sexo y pasión como recompensa. Machistas.

Aunque todos sabemos que no es más que una ilusión, en el mundo real las cosas funcionan así. En un minuto se montó un altercado de primera división, con conatos de tangana. A los dos minutos ya se estaban peleando

entre sí dos de los defensores de la doncella, vaya usted a saber por qué, mientras me rodeaban seis o siete valientes. Mis amigos, alucinados, no sabían qué hacer, mientras yo, fuera de mí, intentaba concertar un aparte con las chicas, mascullando frases inconexas.

De repente unas manos me asieron la cara como lo harían las de una abuela con su nieto en pleno berrinche.

—Mírame. Para ya —me riñó Lucía.

Obedecí. Lucía profirió un grito lleno de autoridad, y la película de Tarantino quedó en *pause*. Con el energúmeno (yo) fuera de la escena, se acabó la diversión y en dos minutos cada uno había vuelto a su copa y a su corrillo de amigos. Los dos aguerridos defensores que se habían repartido felicitaciones de Navidad en forma de puñetazos, parecían ahora amigos de toda la vida. Cosas de la noche.

Mi musa del pelo negro y rizado me llevó a un rincón. Se sentó junto a mí y, estableciendo contacto visual como si quisiera hipnotizarme, me ordenó: «Cuéntamelo».

Resignado a compartir información, le expliqué por qué necesitaba dar con Alicia sin, evidentemente, mencionar nada de mis «no sentimientos» hacia ella.

—En resumen, he de encontrarla porque creo que así podré arreglar lo que está roto en mi interior —concluí.

Lucía me alborotó el pelo y, tras una breve mirada mezcla de amor, tristeza y ternura, que no conseguí descifrar del todo, partió rauda hacia el epicentro de la disuelta batalla. En cinco minutos tenía a las dos chicas sentadas a mi lado. Tras las presentaciones de rigor, el primer día no intercambiamos nombres, Lucía nos dejó para que charláramos.

Les expliqué la historia de la nota de despedida, cómo intenté contactar con ella por teléfono y *wasaps*, que en dos años no había sabido nada de ella y que, con la esperanza de verla, fui a la ya mítica fiesta de Medicina en el Mirabé. Convencidas de que no era un asesino en serie, me explicaron entre risas que el borracho con la cara ensangrentada gritando incoherencias, o sea yo, fue lo mejor de la farra. Inquietante pero inolvidable. En quince minutos nos hicimos amigos y me confesaron que lo de Alicia era muy raro.

—No la volvimos a ver más. No se matriculó en segundo y fue muy comentado porque había sido la mejor del curso. Nadie se lo explica —dijo Marta, que así se llamaba la amiga número uno.

—Solo teníamos su número de móvil y dirección. Un día nos acercamos y

ya no vivía allí —concluyó Jessica, amiga número dos (por estricto orden de aparición).

Estuve tentando de preguntarles si la casera era una señora gorda con escoba y bata de mercadillo, pero preferí seguir por el lado serio de la vida por una vez.

—¿Nadie la conocía del colegio? —pregunté.

—No. Eso es lo más raro porque tengo amigos en los Jesuitas de Caspe, que es donde decía haber ido. Al no encontrarla les pregunté, y nadie tenía ni idea de quién era. Es como si hubiera salido de la nada y hubiera regresado, un año después, a ese agujero negro —se arrancó Jessica, la amiga médico-poetisa

—Era una chica encantadora, rara pero encantadora —concluyó Marta.

Nos dimos los teléfonos y prometimos intercambiar noticias, fueran las que fueran.

Se levantaron de las sillas y se alejaron charloteando pausadamente hasta que, segundos después, Marta (amiga número uno) volvió sobre sus pasos, acercó sus labios hasta que rozaron mi oreja derecha lascivamente y me susurró: «Tú sabrás por qué buscas a Alicia, pero yo me quedaba con la monada que nos ha obligado a venir a hablar contigo. Está loca por ti. Y si queréis una noche inolvidable, llámame».

Recogí a Lucía con una erección mal disimulada y le dije: «Te invito a diez copas, pero con la única condición de que hablemos de moda, fútbol o sexo, pero no de Alicia. Tú eliges».

Capítulo 13

Ir a tomar algo con una chica guapa a la que no quieres llevarte a la cama es una auténtica anomalía, un acto contra natura en el que me estaba convirtiendo en experto. Lucía era mi compañera de copas favorita en los últimos meses.

Os comenté que éramos cuatro amigos inseparables, pero de cuarteto pasamos a dúo: nuestras María y Andrea ficharon a dos guapos chicos con los que iban juntos a cenar, a la playa, al súper, a dormir, al fútbol, al lavabo...

Lucía y yo fuimos sustituidos por los novios, ley de vida, y empezamos a salir solos de manera habitual, en esta extraña forma que teníamos de ser pareja sin serlo.

Pero, aunque sobre el papel fuera solo un día más tomando copas, la forma en que se había comportado sacándome del lío en el que me había metido, cómo había mediado para que las dos chicas vinieran a hablar conmigo e, indiscutiblemente, las palabras de Marta asegurando que Lucía estaba loca por mí, proponiéndome de regalo la fantasía sexual masculina con mayúsculas, le había dado a la noche un toque diferente.

Nos sentamos junto a una burda imitación de *Las Meninas*, nuestro rincón favorito del Palau Dalmaes, una maravilla barroca escondida en el Born, en cuya terraza podíamos tomar, casi en la intimidad, unas copas sin ruidos ni agobios.

A pesar de que la condición para sacarla de fiesta era hablar de todo menos de Alicia, no podía dejarla sin una explicación de lo que había averiguado. Sinteticé lo que me habían explicado las chicas en tres palabras: se ha esfumado.

—Nadie desaparece así como así —me dijo.

—Pues Alicia sí, al parecer.

Nos mantuvimos en silencio unos segundos y, en ese momento, me vi obligado a abrir mi corazón.

—Lucía. Uno de los motivos por los que necesito encontrar a mi ex es difícil de entender y tiene que ver contigo.

—¿Conmigo? —preguntó extrañada.

—Sí. Antes de seguir me gustaría hacerte una pregunta, me has de responder con total sinceridad. ¿Te gusto?

—No —contestó dejándome con cara de pasmado.

—¿No? —conseguí balbucear a duras penas.

—No. No me gustas. Estoy totalmente enamorada de ti. Te quiero con locura —soltó a quemarropa sin dejar de mirarme a los ojos, fijamente, sin parpadear.

Tardé unos segundos en reponerme. La verdad es que con un «sí, me gustas» me hubiera sobrado. Esa intensidad en su amor hacia mí me había descolocado aún más.

—Perfecto. Sigo. Como habrás notado, no he intentado besarte nunca. Jamás he hecho ningún intento de que nuestra relación fuera más allá y, la verdad, es que se nota que te gusto.

—Pero yo a ti no.

—Ese es el problema. No es que no me gustes. Ojalá fuera así de fácil. Me encantas. Me pareces la chica más inteligente, más guapa, más cariñosa, más comprensiva, más sexy, más encantadora, más divertida, en una palabra, más alucinante que he conocido nunca.

Sorprendido por lo que le había dicho (en especial por utilizar «alucinante» como piropo), hice un receso de cinco segundos que aproveché para pegarle un buen lingotazo al gin (y al tonic porque no había más remedio), y seguí.

—Pero, a pesar de que mereces más de lo que nadie haya merecido que la quiera, no consigo amarte. Y no lo entiendo.

—¿Qué hay que entender? —me respondió con lágrimas en los ojos—. Esas cosas pasan. Muchas veces no se quiere a quien se lo ha ganado o a la que tiene mejores cualidades. Son sentimientos. Salen o no salen.

—Lo sé. Pero no es eso lo que me pasa contigo. Tengo la sensación de que te amo como tú a mí (o más) pero que tengo ese sentimiento bloqueado en mi interior, como si fuera una manguera obstruida que no deja salir el agua. Y creo que Alicia es el tapón y que, si la encuentro, conseguiré liberarme y caeré rendido a tus pies como mereces. Ese es el principal motivo por el que la quiero ver. Me he dado cuenta esta noche.

—De acuerdo, te ayudaré a buscarla, pero luego ya te puedes enamorar de mí o te la corto —dijo, forzándose a sonreír.

—Prometido —le susurré al oído mientras la abrazaba intensamente.

Hacia una noche preciosa y la acompañé a su casa caminando. No llevábamos dos travesías cuando me cogió de la mano y, en ese momento, supe que sería la mujer de mi vida.

Llegamos a su portal sin hablar, nos volvimos a abrazar y nos dimos un beso de amigos. Justo antes de desaparecer se giró hacia mí, interrogativa.

—Una cosa más. ¿Qué te dijo la chica cuando volvió sobre sus pasos?

—Que era idiota por buscar a Alicia cuando tú estás enamorada de mí.

—¿Nada más? —dijo sonriéndome.

—Que si algún día queríamos pasar una noche inolvidable, la llamáramos.

—Espero que hayas apuntado bien su teléfono —dijo cerrando la puerta.

Capítulo 14

A la mañana siguiente me levanté de la cama con un subidón de adrenalina acompañado de una dosis de optimismo desenfrenado. Uno de esos momentos felices que suceden a instantes de desesperación, en los que uno cree, ilusamente, que todo se ha arreglado cuando su vida sigue siendo igual de desdichada que el día anterior.

Muy poco había necesitado para venirme arriba y considerar que todo estaba, al menos, medio solucionado. Mi confesión había sido un acierto (creía) y mi plan era muy sencillo: encontrar a Alicia, entender qué narices me pasaba, y, con Lucía, ser felices y comer perdices.

Que se la hubiera tragado la tierra era algo sin ningún tipo de importancia. Un tío listo como yo tendría recursos para encontrarla casi sin despeinarse. Mi ego se había despertado convencido de que descubriría el escondite en un par de días. Como mucho.

Me preparé un café, un zumo de naranja y unas tostadas y abrí mi ordenador. Me di cuenta de que no había buscado a Alicia por internet. Nunca. A pesar de que tras una primera cita la actuación estándar es meter el nombre de la chica o chico en Google (*googlearlo*) para saber de qué pie calza, si es cierta la historia que nos explicó el día anterior, si tiene antecedentes penales o si en su perfil de Facebook pone «en una relación», con Alicia no lo hice.

Nuestra historia empezó de forma tan mágica y abrupta en esa discoteca de Ibiza que no miré el móvil en una semana y, cuando pude hacerlo, ya no tenía sentido ir a la red: la información podía venir directamente de la que ya consideraba mi pareja.

Como nunca he sido un forofó de Facebook o Instagram, no me llamó especialmente la atención que ella no estuviera en las redes. Éramos una pareja a la antigua: si teníamos algo que decirnos (un «te quiero», un «estás guapísima en la foto», un «qué bien lo pasé anoche contigo») lo hacíamos por mensajes privados y no en esa virtual plaza del pueblo en la que todos se piropean de forma ridícula.

Nada podía fallar, que en internet está todo. Querido Google, ayúdame.

Tecleé «Alicia Cabot», y «aproximadamente 2 250 000 resultados» surgieron como respuesta. Genial. 373 000 si refinamos la búsqueda añadiendo «Barcelona». Añadí «Medicina» o «Universidad de Barcelona».

Bingo: tres resultados. Mi corazón empezó a latir con fuerza. «Esto está chupado», pensé, dándome imaginarios golpecitos de aprobación en la espalda.

Abrí los *links*, uno tras otro, con la misma decepción esperándome. Listado de las notas de la universidad. De primero de carrera. Nada más. Notazas, por cierto.

Elegí la pestaña de «Imágenes». Cero. Ni una sola que se pareciera a ella.

Dispuesto a no caer en el desánimo, a pesar de que no parecía que internet fuera a sacarme de pobre, decidí ir por las redes sociales.

—Linkedin: cero personas con ese nombre.

—Facebook: doce chicas, algunas guapísimas, ninguna ella.

—Instagram: cinco chicas, una espectacular, pero no tanto como mi Alicia.

Y ahí me bloqueé. Un chico de recursos como yo se quedaba en primera base de su magnífica investigación. Reconocí que el caso requería una visión fresca que, como siempre, tenía los ojos negros azabaches, el pelo rizado y la sonrisa más angelical del universo.

Capítulo 15

Llamé a mi salvadora y le expliqué que, una vez más, necesitaba su ayuda. Temía que me preguntara si estaba de cachondeo.

Ya no estábamos cargaditos de copas como cuando me prometió auxilio en una de las peticiones más extrañas de mi vida (te quiero, pero estoy bloqueado, como tú me amas, ayúdame a encontrar a mi ex y arreglado). Con alcoholemia 0,0 % y la luz del día, podía perfectamente enviarme a pastar (era una chica fina y no me enviaría a la mierda que, desde cualquier punto de vista, era lo que merecía).

Casualmente Lucía estaba cerca de mi casa y se ofreció a venir. Mi padre llevaba ya un rato mirando por encima del hombro sin que consiguiera de mí nada más que unos gruñidos. No tenía ganas de explicarle qué estaba haciendo porque estaba seguro de que no me entendería.

Desde la vejez de los cuarenta y siete años de mi padre, mis problemas no iban a ser comprendidos. Con suerte, los trataría como una fase más de mi crecimiento espiritual y personal e intentaría no darme demasiadas soluciones. Esa era su forma de pensar, más que correcta. Lo irritante era cuando se dejaba llevar por su espíritu protector, como todos los padres, y me hacía hasta un esquema de cómo solucionar mi problema. Prefería la versión de «esto es una chorrada, no sé de qué te preocupas» a la de «siéntate y aprende cómo se solucionan los problemas, pequeñín».

Sonó el timbre y fue a abrir, solícito, mi padre. Entre él y Lucía se palpaba la conexión entre el que ha elegido novia para su hijo y madre para sus nietos y quien quiere hacer puntos con su suegro. Pero más allá de ese practicismo de los que creen que van a coincidir muchos años juntos por un nexo común (yo), se caían francamente bien. Mi padre se podía unir a una tertulia a la hora del café y estar con nosotros horas hablando. Como Lucía no era más que una amiga, no podía decirle que molestaba, que hacía de carabina, como decían los antiguos.

—El único motivo que tienes para no tirarle toda la caballería a Lucía es que eres casi tan idiota como tu padre —me había dicho en más de una ocasión.

Abrió la puerta, le dio los dos besos a Lucía y desapareció de nuestra vista tras ofrecerle (y hacerle) un café a Lucía y otro a mí, aunque no lo

hubiera pedido.

—Cúidalo, que hoy está especialmente rarito —dijo antes de dejarnos solos.

Lucia me besó (en la mejilla, claro) y se sentó a mi vera, frente al ordenador.

—Cuéntame qué has hecho hasta ahora —me dijo.

—Google, LinkedIn, Facebook e Instagram —contesté.

—Y nada.

—Las notas de primero de carrera y ya está.

Esperaba unas órdenes concretas. Añade esto a la búsqueda, mira en esta página web de desaparecidos, entra en la de pompas fúnebres, lo que fuera. O mejor, una idea genial.

Pero no hizo eso. Apuró su café, cogió nuestras dos tazas vacías, y las llevó a la cocina. Volvió, se sentó y me dijo:

—Dos cosas. No te voy a arreglar tu problema. Pareces tonto con lo listo que eres, realmente estás bloqueado. Pero te voy a ayudar. Y, por otro lado, creo que tu padre va a hacer *yakisoba*, que le quedan de coña. Me quedo a comer.

—Vale —acepté avergonzado, aunque sin saber exactamente de qué.

—Piensa, el cerebro es tu punto fuerte. A ver si despiertas de una vez.

Reflexioné, intentando recordar lo que había aprendido en la facultad de la resolución de problemas. Lo más básico, desde luego, cuando estas en un callejón sin salida, es abandonar todas las ideas preconcebidas y volver a enfocar el problema.

—Ok, empecemos de cero —dije.

—Vaya, tus neuronas sinaptan otra vez —se mofó, sonriendo.

—Tú me inspiras.

—Tira anda...

—El problema es encontrar una chica que, al parecer, no quiere que nadie la encuentre —reflexioné.

—Correcto.

—Sabemos su nombre y donde estudió un año. Nada más. Ningún contacto de un familiar o un conocido común que nos sirva. Incluso creemos que mintió al decir en qué colegio hizo Bachillerato.

—Exacto.

—Así que lo primero que deberíamos hacer es confirmar si fue a ese colegio.

—¡Premio! —gritó con cara burlona.

—Llamo a Jessica y Marta y les pregunto.

—Mejor a Marta, recuerda la oferta de la noche inolvidable —dijo, picarona.

Llamé a Marta, llamadme antiguo. Nada de *wasaps*, que queríamos matar el tema cuanto antes.

—Dame diez minutos y lo arreglo —contestó.

En cinco me devolvió la llamada. Había enviado una foto de Alicia a un amigo de su promoción que le había confirmado que no estudió en los jesuitas. Adjuntaba imágenes de la orla en que brillaba por su ausencia y un comentario clarificador: «Una tía que está tan buena hubiera sido más famosa que Messi».

—Como sé que empezareis a pensar que es posible que fuera a otro colegio de los jesuitas de Barcelona, mi amigo, que está metido en Antiguos Alumnos, mirará si sale en la lista de los de Sarriá o similar. Pero ya os digo que no porque recuerdo perfectamente cómo me dijo: «Mira, mi cole», un día que pasamos por delante de Jesuitas de Caspe —continuó Marta.

—Te debo una copa —respondí agradecido.

—No cariño, una cena para cuatro. ¿Crees que no he tenido que ofrecer nada a cambio? Me he tenido que insinuar hasta la náusea porque el tío es un baboso, así que el día de mi cita con él «coincidiremos con vosotros». Seremos súper amigos de siempre y hará un montón que no nos vemos, así que tendremos que cenar los cuatro juntos. *Capisci?*

Colgué pensando que los hombres íbamos a tener muchos problemas en los próximos años. La capacidad de las mujeres de manipularnos, de confabularse entre ellas, de ir siempre un paso por delante de nuestra jugada, era asombrosa. Eso sin contar con que eran más estudiosas que nosotros. O espabilábamos o seríamos juguetes rotos en sus manos.

Volvimos a la búsqueda, asumiendo que Alicia nos había mentido en todo. Así que se nos planteaba una pregunta evidente: ¿era su nombre real?

Me mesé los cabellos evidenciando mi desesperación (soy un clásico en mis gestos), y volví a pensar cómo enfocaría un observador externo el caso. Ya no debíamos dar por supuesto nada. Alicia no era posiblemente Alicia. ¿Me mintió hasta en su nombre tras esa primera noche mágica, de sexo y placer en Ibiza? Solo pensarlo me provocó unas ganas terribles de llorar: tenía que añadir a mi bloqueo mental la posibilidad de que hubiera vivido una maravillosa mentira en los doce meses que fuimos novios.

Había gastado un año de mi vida con alguien a quien realmente no

conocí, pero no del estilo «no te conozco» que se dicen las parejas. Esa chica había sido una farsa toda ella. ¿Su amor por mí también? La búsqueda que debía liberarme me empezaba a parecer una condena terrible.

Lucía me agarró de la mano suavemente y me hizo un gesto para que desterrara estos pensamientos y siguiera analizando fríamente el caso. Debíamos buscar a una persona de la que no sabíamos nada, solo un nombre, posiblemente falso, y su aspecto.

Capítulo 16

El clásico grito de mi padre, «¡a la mesa!», interrumpió mis pensamientos. Lucía se levantó presta en ese papel que le quedaba tan bien, el de futura nuera dispuesta a ayudar en todo lo posible, cuando la puerta de casa se abrió. Entró mi querida hermana mayor, Elena, que tenía un sensor especial para detectar el olor de los *yakisobas* paternos.

Se besó con su supuesta futura cuñada y se sentó a la mesa. Elena llevaba dos años en Londres, donde estaba haciendo un máster de Programación de Big Data. Yo la imaginaba encerrada en un sótano, delante de una mesa con cuatro ordenadores, poca luz, y rodeada de tíos frikis, con barba mal cuidada y michelines por doquier. Ninguno se duchaba desde hacía días. O semanas.

Ella se reía de mi cliché y me enviaba continuamente fotos desde su lugar de trabajo, cerca del Támesis, en la zona financiera, con vistas a la mítica Oxo Tower, junto a sus compañeros (con más chicas que chicos), algunos con aspecto de modelo. Pero daba igual los millones de imágenes que me enviara: la representación en mi mente de su trabajo era tenebrosa, oscura, y solo la podía imaginar sentada en una silla incómoda, en el centro de una habitación oscura, con un único fluorescente que parpadeaba moleestamente.

Nos sentamos todos a la mesa y, durante los *yakisobas*, Elena nos estuvo explicando todas las novedades de su trabajo y su vida. La disfrutábamos poco tiempo en casa, pero en cada breve aparición se convertía en un torbellino que no dejaba de transmitirnos información. Mi padre decía que en una semana con Elena recibía más noticias que de mí en todo el año. Y no le faltaba razón.

A los fideos le siguieron unas *gyozas* que mi padre hacía por primera vez (sin profesor que lo ayudara) y que no tenían el mismo nivel. «Tendré que practicar más, hoy me he lanzado porque solo estamos la familia», dijo de forma irritante mientras miraba a Lucía.

Elena dio por terminada su difusión de datos mientras finiquitaba la última *gyoza*, la de la vergüenza, y se giró hacia mí.

—Ahora quiero que me expliques por qué tienes esta cara de cordero degollado, de novio irremediabilmente abandonado, cuando tienes a la mujer más guapa de Barcelona sentada a tu lado.

La sutileza era una virtud que había conseguido esquivar a mi hermana. Le expliqué brevemente las pesquisas que estábamos realizando para intentar

encontrar a Alicia. La parte sentimental, eso de que me sentía bloqueado y que no podía experimentar amor ninguno por Lucía, lo dejé como un secreto de no pareja.

Dimos buena cuenta del postre, un brazo de gitano de crema que había traído Elena, que dio por concluida la comida con la frase: «Si tú haces los cafés y recoges la cocina me encargo de decirte en cinco minutos si Alicia existe. Lucía me ayuda».

Mientras cumplía mi parte del trato, Elena cogió mi ordenador y se puso a teclear ferozmente junto a Lucía, que observaba (creo que la única intención de mi hermana era que la invitada no tocara un plato en la cocina porque ayudar, lo que se dice ayudar, no ayudaba) con una cara de concentración que no conocíamos. Entrar en su habitación cuando trabajaba era una sentencia de muerte, así que verla en su informática salsa era una situación extraordinaria. No tenía todavía recogida la cocina cuando pontificó.

—No existe. El número de DNI que utilizó para la carrera era falso, no he encontrado ninguna foto que cuadre con ella en los archivos policiales ni en la red en general. Por cierto, muy bonitas las fotos que teníais, tranquilo, no me he parado mucho a ver las guarras. No hay ninguna partida de nacimiento con ese nombre en España ese año y, evidentemente, no estudió en los jesuitas.

—¿Segura?

—Me ofendes —dijo teatralmente—. Por cierto, que sepas que he borrado concienzudamente el rastro, pero que si algún día te viene a buscar la policía, lo que he hecho legal legal, no es.

—Has *hackeado* a la policía.

—Mira que eres melodramático —contestó riéndose—. Yo no. Tú sí, que para algo he cogido tu portátil, pringado. ¿Dónde está mi café?

Capítulo 17

Ya teníamos la primera parte del enigma resuelto. Había salido un año con un ser aparentemente maravilloso que me había mentido en todo: desde el colegio al que iba hasta su nombre, pasando por su número de DNI. Detallitos sin importancia.

Me tomé el café, absolutamente desorientado, oyendo de fondo las carcajadas de mi hermana que explicaba anécdotas de su vida en la Gran Bretaña.

Su vida social no se había resentido de su ausencia en Barcelona y tenía una lista de compromisos, citas y reuniones de trabajo que ni un primer ministro. A medio café miró su reloj, lo apuró (el café, no el reloj) estilo chupito, y se despidió de nosotros a la carrera, como si huyera de un imaginario incendio.

—Hermanito, me voy en tres días y esto tiene que estar arreglado porque, aunque no lo parezca, me preocupo por ti y no quiero largarme angustiada. ¿Prometido?

—El tema está muerto. No sé quién es. *Game over*.

—No seas cenizo. Piensa. Si la perla de tu exnovia era tan juguetona seguro que ha dejado alguna pista. No se llamaba así, perfecto, pero estoy segura de que tienes datos suficientes para encontrarla o, al menos, saber quién era. Busca las miguitas de pan para encontrar el camino de vuelta a casa.

Recogimos los cafés bajo un silencio sepulcral. A veces pesaba mucho la ausencia de mi hermana, sobre todo cuando seguía a su arrolladora presencia.

Mi padre también hizo un mutis por el foro. Podríamos decir que de tal astilla tal palo, aunque yo debía estar hecho de otra madera. Nada que ver con ellos. No penséis, que sé que empiezo a dar esa impresión, que era un cenizo en toda regla. En absoluto: era de esos chicos introvertidos, buen conversador, pero me inhibía si los temas no eran de mi agrado o el nivel intelectual no llegaba, desde mi humilde punto de vista, a ciertos mínimos.

—Te falta *small talk* —me decía mi hermana.

Con esa frase tan pija lo que me quería transmitir era que no tenía conversación de ascensor. Era cierto, me irritaba tener que preguntar a personas por sus padres, sus hijos, sus hermanos o cualquier otra nimiedad, fingiendo un interés inexistente. Así que, de momento, sobrevivía bien a gusto

sin hacerlo, aunque sabía que, en breve, la realidad adulta me atraparía. En la universidad estaba haciendo prácticas con los profesores con resultados más que aceptables. Había que reconocer que la táctica del peloteo seguía funcionando, a pesar de lo evidente y patética que era.

Pero para mí eran momentos sombríos y, justo en ese momento, mi familia se había largado dejándome solo, una vez más, ante mi fracaso, que tenía los ojos negro azabache y el pelo rizado.

Capítulo 18

Lucía se sentó a mi lado en el sofá, me cogió la mano y, con ojos tristes, me suplicó: «Cuéntame todo lo que pasó desde que os conocisteis en Ibiza. Creo que ahí, en vuestros primeros días, está la clave. No te cortes: será terriblemente doloroso para mí pero ni la mitad de horrible que seguir viéndote y no conseguir que me ames, que seas mi pareja. Aunque lllore, no pares».

Así que no tuve más remedio que recordar, detalle a detalle, el principio de nuestra historia. Mi relato se vio salpicado por las lágrimas de Lucía y por las mías. Las de ella por ver cómo me enamoraba hasta el tuétano en diez segundos de otra chica, y las mías por el sufrimiento de Lucía y por recordar una historia que, cada vez más, me parecía una auténtica farsa, una opereta en la que representaba el papel de hombre burlado, el cornudo que no se entera de nada cuando lo sabe todo el pueblo.

No dejé detalle, empezando por el día que la vi en la discoteca: su rubia melena agitándose con calculadísimos movimientos de cabeza, luciendo su camiseta blanca, sin mangas y semitransparente, que resaltaba su moreno casi tanto con sus pechos, fácilmente adivinables... Es broma, los detalles pornográficos o excesivamente románticos tuve el buen gusto de ahorrármelos. Habéis picado.

La historia tenía un inicio, Ibiza, un nudo, Barcelona, y un desenlace, Formentera. En una de las dos islas estaba la resolución del enigma y, como en todas las historias de piratas, había un pergamino, en este caso una carta de despedida.

Así que mi historia viajó desde la discoteca de Ibiza a las sábanas del hotel, del enamoramiento visual, animal y adolescente, hasta el momento en que me dijo su nombre, el día después. Recorrí, cogido de la temblorosa mano de Lucía, los hechos (sí, los hechos, como si fuera un juicio por lo penal) que recordaba de nuestro año en Barcelona, y acabé en la noche de las perseidas y en la mañana en que me vi solo, con seis latas de cerveza, leyendo una carta que me confirmaba que mi primer gran amor había muerto.

Contado así ocupa solo un párrafo, pero en tiempo real se alargó por encima de las tres horas, lo justo para que la puerta de mi casa se abriera dos veces más: con mi hermana, que nos rozó con sus labios en las mejillas

anunciando que se iba a la ducha, y mi padre que nos saludó y masculló una excusa antes de recluírse en su habitación.

—Quiero irme a casa —me dijo Lucía.

—Te acompaño —me ofrecí.

—Mejor que no, prefiero estar sola. Una última cosa. ¿Me dejas la carta que te dio Alicia? Me gustaría leerla en la intimidad, será menos duro que hacerlo mientras me miras.

Me quedé en casa sentado en el sofá mientras Lucía se dirigía a un nuevo episodio de masoquismo autoinfligido en la búsqueda de no se sabe qué Santo Grial en la carta de Alicia. Era muy peliculero pensar que entre esas letras, escondida entre un *cariño te dejo*, y un *no me puedes querer tanto como yo a ti*, estaría la solución de un enigma que, probablemente, no existía.

La explicación más fácil era que, simplemente, estuviera roto por dentro. Era posible que nuestro amor, con ese principio tan perfecto, tan sublime, de once sobre diez, hubiera puesto el listón demasiado alto. Puede ser, pero a vista de pájaro, con la distancia de los tres años transcurridos desde nuestra ruptura, la relación tampoco había sido tan maravillosa.

Mi padre y mi hermana me rescataron de mis pensamientos que se centraban en imaginar a Lucía estirada en su cama, sollozando, releendo una y otra vez la carta, empapándola con sus lágrimas. Ya puestos, mi cerebro dibujó una caja de clínex a un lado, ya medio vacía, y una tarrina de Fargui de chocolate con la cuchara (sopera) clavada en el helado.

Mi progenitor ordenó cariñosamente que nos fuéramos a cenar los tres. Restaurante reservado cerca de casa, todo preparado para lo que más necesitaba en esos momentos: una agradable velada de exhibición de mi hermana en estado puro, con risas y diversión garantizadas.

Capítulo 19

Me desperté justo antes del mediodía, y realicé la espantosa rutina de mi generación: no tenía un ojo completamente abierto y ya estaba mirando los mensajes de *wasaps* en el móvil. Ahí estaban, como no, los buenos días de Lucía, esta vez seguido de la afirmación: «Creo que he descubierto algo».

Media hora después de un «me ducho y te llamo», quedamos para tomar el aperitivo en una terraza junto al Arc de Triomf, cerca del Born, una de esas nuevas zonas invadidas por los guiris, en las que algunos autóctonos resistíamos, heroicamente, nadando contracorriente.

Nos besamos (en la mejilla), pedimos dos cafés con leche y un par de bikinis, y entramos en el meollo del asunto. Lucía sacó la carta mientras sus ojos se tornaban vidriosos. Entendí que quedar en un lugar público era una estrategia defensiva: cuesta mucho más ponerse a llorar en una terraza rodeada de extraños que en la intimidad del salón de casa.

—Creo que en este trozo está el truco —dijo señalándome un párrafo de la carta de despido.

Por último, he de pedirte disculpas. Hice una travesura el día en que nos conocimos que nunca me perdonaré porque te hará sufrir. En ese momento no eras, como eres ahora, mi universo. Pensaba que, simplemente, serías un pasatiempo de mes de agosto. Me maldigo, como si no lo estuviera bastante, por lo que te hice, pero, a la vez, en esa alma retorcida que me acompañará toda la eternidad, me alegro.

Lo releí sin ninguna fe, convencido de que todo era inútil, y seguí sin darle ningún valor a la frase.

—Ni puñetera idea de a qué se refiere. Mi padre, cuando leyó la carta, me hizo la misma pregunta. No recuerdo que hiciera nada que se pudiera considerar malévolo. Quizás que me hizo prometerle que la querría para siempre antes de decirme su nombre. Algo así como jurarle amor eterno, cosas que se dicen los enamorados.

—A ver qué día me lo dices a mí —me sorprendió Lucía, ya totalmente desbocada.

Este era uno de esos momentos en que la conversación podía haber virado a un silencio inaguantable, pero el torbellino que había invadido

Barcelona en las últimas semanas, disfrazado de mi hermana Elena, se acercó a toda prisa y, sin darnos tiempo a invitarla, se sentó, pidió una cerveza que engulló en dos minutos y pagó la cuenta. Con la misma velocidad me arrancó la carta de las manos y coincidió con mi padre y mi probable futura amada en que esa frase era rara.

—Esta tía te ha embrujado, pardillo —me escupió con cariño antes de hacer su enésima salida triunfal.

Nos volvimos a quedar solos y, de repente, una pequeña luz blanca de comprensión se encendió en el fondo del túnel de mi ignorancia, provocando una risa nerviosa que se acompañaba con un repetitivo movimiento de cabeza en forma de no.

—¿No, qué? —me preguntó Lucía.

—No puede ser. Estoy hechizado. Mi primer amor es una bruja —dije riéndome.

—No digas chorradas. Te estás volviendo loco. Igual es mejor que lo dejemos —contesto Lucía, nerviosa.

—No, no. Tiene sentido. Piénsalo. Todo encaja.

—Ilumíname —repuso molesta, pensando que le estaba vacilando.

—Cuando le pedí su nombre me lo dio a cambio de prometerle amor eterno. Me debió hacer algún embrujo de los suyos para que mi promesa fuera inquebrantable. Esa es su travesura.

—Genial.

—Ya, suena idiota, pero sigue pensando. Alicia no tenía pasado ni ha tenido futuro. Salió de la nada porque es donde vive, en ese mundo oculto de las brujas y, justamente por eso, no podemos encontrarla. Ni mi hermana la *hacker*. Se materializó de la nada —continué sin dar crédito a la sarta de chorradas que estaba diciendo.

—¿Algo más? —inquirió mi cada vez más molesta enamorada.

—Sí. ¿Te comenté que me parecía que nada la apasionaba? ¿Qué cuando estábamos en París no vibraba, que era como hubiera estado allí mil veces? ¿Qué daba la impresión de que nada le sorprendía, de que no vivía nada por primera vez? Era porque debe tener cientos de años.

Al parecer, llevado por la excitación del que no sabe si resuelve un terrible enigma o ha perdido la chaveta de forma definitiva, mi tono de voz había aumentado por encima de lo que las buenas costumbres y la discreción recomiendan, especialmente cuando uno está en pleno brote conspiranoico. El resultado fue que las cuatro mesas más cercanas nos miraban de reojo, algunas

con un tinte de preocupación en sus caras, las otras riéndose abiertamente de mí.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Lucía preocupada.

—¿Por qué no? —respondí encogiéndome de hombros—. Si tienes una idea mejor...

—Estás fatal.

—Es oficial, estoy embrujado y condenado a amar eternamente a una hechicera que se ha esfumado. Habrá que empezar a comprar en librerías especializadas a ver cómo deshacemos el hechizo. Mejor, por Amazon. ¿Preparada para un máster de ocultismo?

Capítulo 20

Siempre que quieras resolver un problema de un tema que desconozcas (y en este, nuestra incultura era nivel Dios) has de pensar en tus contactos. Es raro no tener un amigo, o un amigo de un amigo, que no te pueda orientar hacia una buena página web o, mejor aún, un profesional caro y solvente (paga papá).

En este caso no hizo falta ni que nos lo planteáramos. No nos mezclábamos con gente tan rara. Habría que buscar a puerta fría, tecleando unas palabritas en Google y que sea lo que Dios quiera.

Sentados en el sofá, vimos como el buscador nos obsequiaba con 1 990 000 entradas para «Hechizos de amor» y «solo» 595 000 para «Cómo romper un hechizo de amor». Chupado.

Hasta donde llegaba nuestro exiguo conocimiento no sabíamos de la existencia de una página web de un organismo oficial, estilo Organización Mundial de la Salud, de la brujería. Si había una parte formal dentro del mundo del encantamiento, debía estar enterrada entre la montaña de información sin sentido que es la red.

En la búsqueda se nos olvidó la seriedad del asunto que teníamos entre manos (Lucía ya me había comprado la teoría de que mi ex era, realmente, una bruja), y lo pasamos en grande. Nuestra inmersión en el mundo del más allá fue muy reconfortante. Cualquier observador externo hubiera visto, simplemente, a una pareja disfrutando juntos.

Yo, que soy muy de la RAE, exigí empezar la búsqueda con una buena definición: «Brujería: Conjunto de prácticas mágicas o supersticiosas que ejercen los brujos y las brujas». Gracias RAE. Por nada.

—No pierdas la fe en la RAE. Busca *magia* —me dijo Lucía entre risas.

«Arte o ciencia oculta con que se pretende producir, valiéndose de ciertos actos o palabras, o con la intervención de seres imaginables, resultados contrarios a los de las leyes naturales».

Como el saber no ocupa lugar, buscamos sinónimos de *brujería*, y descubrimos palabras que jamás habíamos oído aunque los conceptos nos eran claramente familiares. La nigromancia o necromancia en la que se adivina el futuro mediante contacto con espíritus, en ocasiones con consultas de vísceras de cadáveres o animales de por medio, o la aruspicina que venía a ser lo

mismo, pero en versión etrusca. Buscamos la diferencia entre magia blanca (para hacer el bien) y negra (para perjudicar a otro) y, siendo mucho más cultos, nos metimos de lleno en nuestro trabajo.

Elegimos una página que prometía «eliminar un amarre casero» y que nos pedía, para empezar, que compráramos los siguientes materiales:

- una vela negra;
- una vela blanca;
- una imagen o (ya puestos) una estatua del arcángel san miguel (lo ponía así, con minúsculas, provocando una gran indignación en Lucía que dijo: «¡Si no hay respeto cómo va a funcionar este hechizo!»);
- sal marina;
- incienso.

—Estoy decepcionado —dije de forma melodramática—, esperaba como mínimo un par de colas de lagartija, tres gotas de veneno de serpiente y un mechón de pelo de la persona que te ha hechizado.

—No te quejes. Mejor.

Las explicaciones seguían: *Enciende el incienso y pasa por todo el lugar donde te encuentres con él. Prende la vela blanca y coloca enfrente la imagen o la estatua de san miguel (otra vez con minúsculas) y recita la siguiente oración: ¡Oh glorioso arcángel San Miguel! (¡ole, ole y ole, con mayúsculas!), el más próximo a la divinidad y el más poderoso defensor celestial, símbolo de la lucha y la victoria sobre el mal, arcángel puro y perfecto, haz que permanezcamos fuertes ante la adversidad, para que sepamos encontrar nuestra luz interior, guíanos y protégenos en nuestros caminos y con tu virtud ampáranos todos los días de nuestra vida....*

Bla, bla, bla (dos páginas de hechizo, todo bastante aburrido).

Al día siguiente haz lo mismo con el incienso, pero encendiendo la vela negra, e invoca a las siete potencias africanas (en esto parece que son lo mejor de lo mejor a nivel mundial) para que vengan a ti y te ayuden a romper todo espíritu de ruina, miseria y progreso atado contra ti o tu familia hayan puesto, les imploro por el santo poder que tienen que nos cubran y me ayuden en lo pedido.

Deja que la vela se consuma por completo y repite las dos oraciones durante siete días a las siete de la noche de tu hora local.

Parecía fácil. La mayor dificultad radicaba en que los miércoles a las siete teníamos clase de alemán. Como siempre, te recomendaban que lo hicieras con mucha fe y positivismo. No falla. Así, si el hechizo no es efectivo, la culpa es tuya porque no has creído en el proceso. Tramposos. Es como si un cirujano te dijera que ha fallado la sutura porque no has enfocado la operación con pensamiento positivo, o un abogado afirmara, encogiéndose de hombros cuando te condenan a perpetua por un crimen que no cometiste: «Es que no tenías fe en mí».

Por último, la página web dejaba su *e-mail* por si necesitabas algo menos estándar, que para eso está la versión *premium*. La de pago, claro.

Estábamos decidiendo si bajar al chino de la esquina a comprar la vela negra (sal marina, velas blancas e incienso ya teníamos, cosas de mi padre), cuando mi querido progenitor entró en casa. En diez minutos le pusimos al día de las novedades y, contra todo pronóstico, no empezó a descojonarse de mí.

—Fuera de aquí. Id a cenar y desconectad. En una semana como mucho está todo arreglado —nos dijo con una seriedad que me sorprendió.

Capítulo 21

Fuimos al Born, al Café Kafka, quizás una elección demasiado romántica para la ocasión. Decorado a medio camino entre la librería y el restaurante, con luces de múltiples tipos, desde unas simples bombillas en sus portalámparas a bonitas obras de diseño, pequeñas y numerosas, blancas o de colores, que dejaban una luz tenue e íntima.

Aún no nos habíamos sentado cuando noté una sensación extraña: malestar en el estómago, palpitations y una cierta náusea. Algo inesperado porque estaba seguro de no estar embarazado: además de mi condición de hombre que en estos menesteres no deja de ser una garantía, tendría que haber sido el Espíritu Santo, dada mi frenética inactividad sexual.

Mientras me debatía entre aguantar estoicamente, esperando a que remitieran los síntomas, o lanzarme a la carrera hacia el lavabo, oí una voz familiar, pero con un desconocido acento afrancesado que decía:

—Hola, soy Alice, seré vuestra camarera. ¿Qué tal estáis?

Me giré con el corazón a doscientos por hora esperando encontrarme a mi antiguo amor. Estaba claro que las palpitations y el malestar abdominal habían sido una premonición. Tanto buscarla y...

Pero no, no era mi Alicia. Era una monada de unos dieciocho añitos (yo ya era un tío maduro de veintiuno) la que se acababa de presentar. Aparte de que fueran tocayas y que estuvieran como sendos trenes las similitudes acaban ahí: Alice era una francesa morena de manual, recién exportada de cualquier barrio periférico de París.

Pero, a pesar de descubrir que no era mi ex, mi corazón seguía desbocado, mis manos continuaban temblando, sudorosas, y tuve grandes dificultades en serenar mi voz para decir: «Encantado». Le pedimos un par de cervezas a cambio de la carta y se retiró dejándonos solos.

—¿Has visto un fantasma? —me dijo Lucía.

—Casi. Pensaba que era mi ex.

—Hubiera sido gracioso.

—De todas maneras, me encuentro regular. Me debe haber sentado mal la comida. Ahora vuelvo.

Huí a los servicios, me remojé la cara y regresé más sereno, dispuesto a tener una velada agradable con Lucía, hablando de todo y de nada, criticando a

los profesores, poniéndonos al día de los cotilleos de los compañeros de facultad para que, cuando me acurrucara solo entre mis sábanas, me preguntara otra vez como podía no amar a esa chica.

Pero en el estrecho pasillo que separaba los lavabos del comedor me crucé con Alice que, juguetona ella, se giró lo justo para que uno de sus pechos (generosos, por cierto) rozara mi brazo. Los cielos se abrieron, un millar de arcángeles empezaron a cantar el *Aleluya* (versión Cohen) y di gracias a Dios por haber creado a un ser tan maravilloso como el que veía, surgiendo de unas imaginarias nubes que invadían el angosto pasadizo.

Me había enamorado. Sin paliativos. A lo bruto. De repente. Con Lucía, el ser más perfecto del mundo, esperando en la mesa, solo podía pensar en qué bonita sería mi vida junto a Alice. Quería poseerla en el lavabo en ese mismo momento.

Como ante todo soy un caballero, y también estaba seguro de que la desaparición al unísono de la única camarera del local y de uno de los seis comensales hubiera sido sospechosa, volví a la mesa, escondiendo mi turbación y una mayúscula erección.

Me senté e intenté seguir la conversación con Lucía, justificando mis numerosos despistes bajo un falso problema de salud. O verdadero, siguiendo la teoría de que el amor es una enfermedad. Cené buscando con la mirada, todo lo disimuladamente que pude, sus rectas y sus curvas, ángulos y matices, cada una de las reacciones y gestos de mi amada. La velada fue un completo infierno.

Tras el café, pedí la cuenta aprovechando que Lucía había ido al servicio (un clásico). La camarera se acercó rauda con la nota y una tarjeta del restaurante en el que había garabateado su número de teléfono y una promesa: «Acabo a la una, deshazte de la morena y ven a buscarme».

Capítulo 22

La trama había cambiado, en un giro inesperado que ni la mejor serie de intriga. Podía enamorarme. No había embrujo, simplemente Lucía no era la chica adecuada para mí. Peor todavía, lo era, pero ese cabrón de Cupido (nótese como cambiaba un personaje de ficción como una bruja por uno mitológico, ese ser ridículo que lanza flechas para enamorar a las parejas) había elegido a la camarera francesita con el mismo nombre que mi ex para ser mi media naranja.

Dejé a Lucía en el metro simulando un empeoramiento de mi fingida gastroenteritis y me lancé a mi casa con su solo propósito: ducharme y acicalarme para presentar la más deslumbrante de mis versiones a la una de la madrugada, cuando recogiera a Alice. Si me preguntáis si tenía alguna duda de lo que debía hacer es que nunca habéis estado enamorados: si el amor te llama tienes que ir y punto, y a mí me estaba gritando con un megáfono que estuviera clavado una hora después de la medianoche, esperando a la salida del restaurante con mis mejores galas y un imaginario ramo de flores.

Entré en casa donde mi hermana y mi padre estaban sentados en la mesa del comedor, con dos portátiles y una *AK-Damm* (mi padre) y una *Coronitas* (mi hermana) delante. Por sus caras conspiradoras estaba claro lo que estaban haciendo. Mientras Lucía y yo cenábamos y me enamoraba como un idiota, mi familia seguía enfrascada en una caza de brujas que ya no tenía sentido.

—Hermanito, si sé que tu vida es tan interesante vengo más a menudo — se burló Elena a modo de buenas noches.

—Sin cenar nos tienes con tu investigación —afirmó mi hambriento padre —, pero hemos encargado *pizza*, por si te queda un hueco.

—Podéis abandonarlo, todo era una chorrada. Me acabo de enamorar como un idiota, así que no hay ni bruja, ni embrujo, ni unicornios de colores.

—¿De Lucía? —preguntó mi padre esperanzado.

—No, de la camarera del restaurante. Un bellezón —respondí, parco en palabras.

—Ok. Deja de decir idioteces y siéntate aquí. Escucha treinta minutos y luego nos cuentas otra vez lo de tu enamoramiento y que todo lo del embrujo es mentira —me pidió amablemente mi hermana.

—Me quiero duchar que la voy a ir a buscar a la salida del trabajo —dije

de forma enérgica.

—Te sientas, te callas y haces caso a tu hermana que se lo ha currado. No seas desagradecido.

Mi querido padre tenía, desde que tengo uso de memoria, varios tonos de voz: el que venía a ser un «qué os parece», el de «es mi opinión pero se me pude convencer» y el de «no es negociable, aquí mando yo, que para eso soy tu padre». Claramente la orden era del tercer tipo, así que me dispuse a escuchar.

—Habéis decidido que Alicia era una bruja de las de verdad, pero creo que equivocasteis el camino para resolver el enigma —pontificó mi hermana.

—Ilumíname —ladré cabreado.

—Buscasteis un hechizo de amor, rollo adolescente, en lugar de encontrarla a ella. Os centrabais en el crimen y yo me he enfocado en el criminal. He seguido la pista de Alicia.

—Ya lo hiciste, pero sin éxito.

—Ok. Pero nunca refinamos la búsqueda con lo que sabemos que es: una bruja.

—¿Y?

—Hazlo tú mismo —dijo pasándome el teclado.

Aporreé el teclado de franco mal humor, con rabia, escribiendo «Alicia Bruja»: 1 400 000 resultados.

—¿Entro en todos? —pregunté, retador.

—Eres gilipollas, haz caso antes de que te envíe a la mierda —contestó retirándome el teclado—. Nombre y apellido guapo, no es tan difícil, aprovecha la poca información que tienes —dijo mientras en la barra de Google aparecía: «Alicia Cabot Bruja». El *intro* nos dejó 50 300 resultados.

Estaba a punto de acabar con esa comedia cuando vi lo que ponía la cuarta entrada: «Famous Salem Witch: Laurie Cabot». ¿Laurie Cabot era una bruja? ¿Era casualidad que una famosísima bruja de Salem llevara su mismo apellido?

Aparté a mi hermana y, como un poseso, me puse manos a la obra con la investigación que, sin duda, mi hermana ya había llevado a cabo. Pero quería hacerla yo.

—Déjame cinco minutos, por favor —supliqué.

Bajo un silencio sepulcral descubrí que Laurie Cabot era una hechicera viva y mediática que vivía en los Estados Unidos. Buceando por páginas webs en búsqueda de quién era Laurie, descubrí múltiples detalles de la interesante

vida de esa mujer, una especie de bruja honorífica de Salem. Pero era un callejón sin salida: no estaba relacionada con Alicia.

Era lógico pensar que, si mi ex era una bruja, podía haber cambiado su apellido por otro como Cabot, que no sonara extraño en Barcelona y que se relacionara con lo que era ella realmente.

El siguiente paso estaba claro, buscar brujas conocidas que se llamaran Alicia. La búsqueda duró muy poco: segunda entrada, en el Top10 de brujas de *Listas 20minutos* (lo sé, una referencia deplorable, pero no estaba para miramientos) se encontraba Alice Kyteler. La número dos, para ser más exactos.

Es la bruja más antigua de la que se tiene conocimiento en Irlanda y en el mundo. Fue una mujer bonita y sofisticada, que arrastró siempre fama de manipular a los hombres para que satisficieran todos sus antojos. Era, además, una mujer muy poderosa e independiente, cosa extraña para la época. Antes de cumplir su sentencia de muerte escapó a Inglaterra y no se volvió a saber de ella.

Genial, una bruja preciosa y *cool*, experta en utilizar a los hombres, a la que no quemaron en la hoguera y que estaba desaparecida.

Me giré hacia mi hermana y mi padre con cara de estupefacción consiguiendo un gesto afirmativo con la cabeza que significaba «sigue».

Pasé a leer la entrada de Wikipedia que para algo era una bruja de las famosas, con su página y todo: fecha de nacimiento 31 de octubre de 1280 y, supuestamente, muerta a los 44 años. Ese fatal desenlace no quedaba nada claro, dado que escapó de la hoguera tras el primer juicio por brujería de Irlanda, y constaba que nada más se sabía de ella desde ese día. Curiosamente la daban por fallecida.

Cuanto más leía, más estupefacto me hallaba. Como sois personas rápidas de reflejos y mente despierta ya habréis adivinado cuándo era el cumpleaños de mi examada: el 31 de octubre. En el fondo, que hubiera una diferencia de unos 720 años era una bagatela sin importancia, lo que se conoce vulgarmente como una mentirijilla de nada.

Ahora ya tenía cara de bobo integral. De gilipollas. Cinco minutos después de desmontar la teoría de la bruja tenía a mi exnovia hechicera burlándose de mi desde la Wikipedia.

Lo siguiente era, ya puestos, darle a la pestaña de al lado de la búsqueda en Google, donde dice «Imágenes».

—Joder, mierda, mierda, mierda —mascullé.

Ahora ya no había ningún género de dudas. Mi Alicia no se parecía a Alice Keyteler. Mi Alicia era Alice Keyteler. No era que las fotos tuvieran un aire o fueran similares, incluso decir que eran clavadas era faltar a la verdad: eran dos gotas de agua. Era ella.

Capítulo 23

Me retiré farfullando alguna excusa camino de la ducha. La teoría sobre brujas y hechizos que había construido con Lucía era curiosa, tenía su morbo, era una aventura maravillosamente peligrosa que solo podía acabar bien, pero saber que nuestras sospechas eran ciertas era, sin paliativos, un puto desastre. No tenía ninguna gracia.

Necesitaba esconderme bajo el agua hirviente de la ducha, a una temperatura que me abrasara la piel. El dolor me hizo recuperar algo de realidad, una sensación reconocible que no salía de un cuento de hadas, que me devolvía a mi vida de bachillerato cuando era un chico normal con aspiraciones equiparables a cualquier otro: estudiar, encontrar novia, salir con los amigos y tener sexo.

Intenté ordenar mis pensamientos y empecé por lo inmediato, por la primera decisión que debía tomar: ¿iba a buscar a la camarera?

El simple pensamiento hizo que mi corazón latiera más rápido y mis cuerpos cavernosos se llenaran de sangre. En otras palabras: me puse cachondo. Intenté buscarle un sentido a que la camarera, similar a cuarenta chicas más que había conocido en los últimos meses sin despertar ningún interés en mí, me volviera tan loco. Os he descrito a Alice como una chica francesa, morena de manual y con pechos generosos. Amplió: sobre los 165 centímetros, delgada, cara de vicio, pelo largo y lacio que llevaba recogido en una coleta y múltiples tatuajes en los brazos que llevaba descubiertos hasta los hombros.

Imagen de chica mala de manual, de esas que cuando ves aparecer en una película sabes que se han escapado de casa, posiblemente con una infancia desgraciada detrás y que acabarán fatal, metida en historias de drogas y prostitución, o siendo la chica florero de un mafioso del narcotráfico. Era posible que fuera la novia del capo de la conocidísima mafia del Born, pensé arrancándome una sonrisa, y yo acabara la noche en el fondo del mar con una piedra de cien kilos en los pies. No me pareció un mal final.

Su físico contrastaba con el de Lucía, la nuera que todos los padres querrían tener (el tema madres dejémoslo aparte, nunca una mujer será lo suficientemente buena para su hijo), una chica de aspecto tradicional con la que tener una vida de amor, comprensión, complicidades e intereses comunes.

Para completar la escalera de color, Lucía era, con una cara perfecta y un cuerpo de escándalo, infinitamente más guapa que Alice. *Pero*. Siempre esa puñetera palabra de dos sílabas. *Pero*.

En esta ocasión, el *pero* era que cuando pensaba en Lucía dibujaba una sesión de cine (versión original subtitulada, claro) de ocho de la tarde, mientras la imagen de Alice me convertía en un toro a punto de embestir. Una buena comparación, porque ya sabemos cómo acaban los morlacos.

No soy tan lerdo como para no haber caído en la cuenta de que Alice se llamaba igual que la bruja: Alicia. Era evidente que eso debía significar algo, pero había llegado al límite de lo que podía tolerar mi intelecto sin sufrir un *shock* total, así que salí de la ducha, me vestí sin excesivos miramientos y salí disparado en busca de la camarera. Quizás allí encontraría respuestas a mis preguntas o, como mal menor, echaría un buen polvo, que ya tocaba.

Al pasar por el comedor, paso obligado para salir de casa, me dirigí a mi familia y les pregunté:

—¿Lo que pasa en casa se queda en casa?

—Claro —contestaron al unísono.

—No le contéis a Lucía lo de hoy —les rogué.

—Descuida —respondieron con una voz entre el reproche y la comprensión que me hizo entristecer.

Capítulo 24

Vivo a diez minutos andando del Born, pero aun así salí veinticinco antes de la hora. La familia es lo mejor del mundo, pero su cara de reproche, cuando es merecido, es imposible de asumir. Tus padres son las personas que te han otorgado los valores con los que te mueves en el día a día, así que si creen que estás haciendo algo que atenta contra tus principios, posiblemente llevan razón. Lo mismo aplicado para mi hermana: si ella ha recibido básicamente las mismas enseñanzas y su mirada muestra una reprobación fuera de toda duda, es que soy yo el que se ha desviado del camino.

Hablo de decisiones importantes de la vida, no de discusiones sobre si esa noche puedo salir hasta más tarde o si creen que me equivoco en el lugar de veraneo. Me refiero a una bifurcación en el camino que toda mi familia habría tomado hacia la derecha sin pestañear, sin el menor atisbo de duda, y yo iba a elegir la senda de la izquierda.

Los dos estaban seguros de que mi visita a la francesita era un error porque podía estropear mi relación con Lucía, que era lo mejor que tenía en mi vida. En esos veinticinco minutos de camino, dibujando círculos cada vez más pequeños hacia el centro del Born, no hice más que darle vueltas a por qué tomaba esa decisión. No quería perder a Lucía, seguía pensando que era perfecta para mí, pero mis piernas me empujaban irremediabilmente hacia el Café Kafka y la lascivia.

En mi casa siempre hemos sido seguidores de la sensualidad y del vicio. Mi padre nos enseñó que nada estaba prohibido: «Haced lo que os apetezca siempre que no dañéis a terceros y sea legal: esos son los límites. El resto es cosa vuestra, pero pensad que toda acción tiene consecuencias». La frasecilla iba seguida de las típicas instrucciones para evitar que las enfermedades de transmisión sexual nos fastidiasen la vida por cinco minutos de placer. Como se dice ahora, siempre hemos sido «muy fans» (como si se pudiera ser «poco fan») de disfrutar de la vida sexual de forma plena.

Pero la lujuria ese día llevaba emparejada una especie de traición hacia Lucía, una deslealtad agravada por el hecho de que la hubiera conocido cenando junto a ella. Ya sabéis, la forma y el fondo.

El teléfono vibró y me maldije (sí, maldije) por no haberlo apagado. Tenía dos mensajes, el primero de doña Pepita Grillo: «Piensa bien lo que vas

a hacer. Besos», escrito con la voz femenina de mi hermana mayor, y el segundo de doña Perfecta: «Espero que te encuentres mejor. No te preocupes que todo saldrá bien. No debería decírtelo, pero ya puestos... te quiero. No te enfades». Las mujeres son odiosas.

Así que, después de este par de mensajes de dos de las féminas más importantes de mi vida, hice lo único que podía hacer, ir a ver a la camarera con un sentimiento de culpa terrible, impulsado por un anhelo que iba mucho más allá del calentón hormonal, que era terriblemente más fuerte que el deseo sexual. Era un impulso sobrenatural.

A la una en punto me hallaba en la puerta del restaurante, con el móvil perfectamente apagado en el bolsillo, con la frecuencia cardiaca a ciento veinte por minuto (mi frecuencia basal es sesenta) y las piernas temblando, esperando a que saliera Alice. En un último intento de sabotaje de mi subconsciente, en su lucha contra la posesión diabólica que estaba sufriendo, no había confirmado mi cita. El teléfono garabateado en la tarjeta del restaurante seguía sin pasar a la agenda de mi iPhone.

Con un poco de suerte, Alice era una ninfómana, les había dado el número a veinte clientes más en la última semana y se había largado con uno más formal que hubiera certificado su presencia.

Pero no, la fortuna seguía siéndome esquiva. A la una y dos minutos, sonriendo, puntual entre sus tatuajes, enseñando todo lo que la ley permite, y con paso decidido, un terremoto se acercó haciendo temblar mis entrañas para decirme: «Veo que te has desecho de la monjita que tenías al lado, te voy a dar una noche que nunca olvidarás».

Capítulo 25

Desperté con una resaca que me había ganado a pulso. La noche anterior necesitaba estar muy pero que muy borracho para traicionar a Lucía. Ya se sabe que el alcohol ahoga tanto las penas como disminuye la culpa, haciéndolo todo más liviano.

A mi lado un magnífico cuerpo dormía, roncando incluso. No hay ni que decir que encontré esos sonidos maravillosos igual que, por el mismo ruido, a una casada de treinta años de evolución le dan ganas de estrangular al marido. Es lo que tiene estar enamorado.

Mientras investigaba a la luz del día sus tatuajes, despertó, poco a poco, remoloneando como haría un gato o una adolescente, con una desnudez entre inocente y pornográfica. Me sorprendió contemplándola y, sin mediar palabra, se abalanzó sobre mí para seguir lo que, recordaba entrecortadamente, habíamos empezado la otra noche.

La ausencia de alcohol solo aumentó mis sensaciones, que fueron, huelga decirlo, maravillosas. Disfruté del magnífico cuerpo de Alice cada segundo de cada minuto (no diré de cada hora, que tampoco quiero quedar como un fantasma) que duró nuestro encuentro sexual y, ni por un instante, la imagen de Lucía apareció por la alcoba.

Rendidos tras la maratón de sexo, nos duchamos, nos vestimos y salimos a picar algo. La comida fue una continuación de los juegos de cama. Alice era de las chicas que bebían la cerveza a morro de una forma que hacía inevitable pensar en el cuello de la botella como un símbolo fálico: la agarraba con la mano, introducía más cristal del necesario en su boca y te miraba lascivamente mientras dejaba que la cerveza cayera por su gaznate.

Pero, desgraciadamente, al final tuvimos que hablar. Supongo que la noche anterior algo de conversación habría, pero, aunque no recordaba nada, estaba seguro de que la relación fue más animal que racional. Y no sabíamos qué decirnos. Yo puedo hablar horas seguidas, es parte de mi formación, pero establecer un intercambio de palabras mínimamente interesante con Alice, con preguntas y respuestas, con contraste de pareceres, fue imposible. Seguramente todos habéis tenido una cita en la que a los dos os interesaba más lo que teníais que decir que lo que os quería comunicar el otro. Pues este era uno de esos días.

Salvamos la comida con dificultades y nos encaminamos a su casa, a unos diez minutos andando. Llegamos al portal y, ante la proximidad de su lecho, nos enzarzamos en un beso eterno que acabó entre las sábanas de su cama, otra vez los dos desnudos.

Si no tenéis nada que decirnos, haced el amor.

Capítulo 26

El atardecer caía (metafóricamente hablando) sobre Barcelona cuando yo caía (literalmente hablando) sobre la cama de mi habitación, destrozado. Comunicué a mi familia de forma oficial que el día acababa en ese momento para mí y, acto seguido, disfruté de la recompensa de los que lo han dado todo en el lecho extraconyugal: una maravillosa, opresiva e interminable pesadilla en la que Lucía me dejaba, llorando, destrozada, al enterarse de mi noche lujuriosa en el ático del Born.

Como toda pesadilla de primera división, era indiferente que me despertara una y mil veces. Al volver a sucumbir al sueño reaparecía exactamente donde la había dejado, como si fuera una serie por capítulos, incluyendo al inicio un pequeño resumen para que no me perdiera en una trama con giros inesperados.

Pero en mi sueño la historia era muy lineal: Lucía se cansaba de esperar a que la quisiera y no soportaba que me hubiera tirado a la camarera. Además, insistía, imbécil de mí, en que estaba enamorado de sus tatuajes y de su insípida forma de ser.

Desperté por enésima vez cuando la luz entró en mi cuarto. Lo de bajar la persiana no era algo en lo que mi mente hubiera reparado el día anterior y, como justo premio a mi impericia, a las 06.18, hora del amanecer, me desvelé.

Al parecer no era el único que no sabía resguardarse de la luz porque, cuando finalmente me levanté, después de dar unas seiscientas vueltas en la cama, encontré a mi hermana y mi padre con dos cafés en la mano, sin hablarse. Cualquiera diría que me estaban esperando.

—Ducha y hablamos —ordenó mi hermana con la palabra mientras nuestro padre lo hacía con la mirada.

Tras pasar un buen rato en el que se estaba convirtiendo en mi escondrijo favorito, salí, resignado, a recibir una regañina para la que no tenía ni ganas ni espíritu encajador.

Pero no hay peor bronca que la autoinfligida, y mi padre era un maestro en provocarlas.

—Cuéntanoslo —dijo con una voz aterciopelada que recordaba a una línea caliente.

—Un caballero no revela sus secretos de alcoba.

—Te lo dije, es gilipollas —terció mi hermana, resoplando.

Decidí no seguir por ese camino que solo me llevaría a demorar lo inevitable y expliqué todos los detalles de la noche (y el día) de sexo, con ese breve interludio de cine no sonoro para comer.

—Así que no sabíais de qué hablar —dijo mi hermana.

—No hace falta, nos comunicamos de otra manera —contesté como si tuviera quince años.

—Dime que te ha llamado la atención que se llamara Alice —terció mi padre.

—Claro, una coincidencia.

En ese momento sonó mi móvil y se iluminó la pantalla mostrando una foto de Lucía y un servidor, del verano que pasamos en Perú. Estaba preciosa. E hice lo único que podía hacer un hombre en mi situación: ir al lavabo a vomitar.

Capítulo 27

Haber nacido en una familia de conspiradores no es ni bueno ni malo, es entretenido. En un acto malévolo aprovecharon mi emética huida para, ya que había llamado y sería descortés no contestar, hablar con Lucía. Dada su proverbial tendencia a la hospitalidad, no pudieron evitar citar a mi BFF (*best friend forever*) a comer. Muy majos.

En su descargo, podéis argumentar que desconocían mis pesadillas de la noche anterior, pero, creedme, saber de su existencia no hubiera cambiado ni un ápice sus aviesas intenciones.

—Cabrones. ¿Y ahora qué le digo?

—Lo que se merece. La verdad —sentenció mi padre.

No sé si me angustió más la traición al mítico «lo que pasa en casa queda en casa» o que utilizaran un concepto tan relativo como «la verdad», como si alguien pudiera poseerlo. ¿Era auténtico mi amor por Alice? ¿Era real mi casta amistad con la perfecta Lucía? ¿Había existido la originaria Alicia?

Lucía llegó a las dos clavadas, con una puntualidad claramente pasada de moda, mientras mi padre sacaba la pasta del fogón y mi hermana ponía la mesa, como si hubieran coordinado sus movimientos en un hogareño *ballet*.

Nos sentamos a la mesa. Agradecí que la reina del *small talking* se pusiera en modo ciclón y no callara desde el aperitivo hasta el postre. Curiosamente, aunque tanta verborrea no le dejara tiempo ni para respirar, la comida desaparecía de su plato al mismo ritmo que el de los demás. Otro misterio.

Empecé a relajarme, pensando que escaparía indemne de la encerrona, cuando con el café llegó la debacle.

—Cuéntame —me interpeló Lucía.

—¿El qué? —intenté disimular.

—Desde hace dos años hemos hablado cada día. Ayer no contestaste un solo mensaje después de tu extraño comportamiento en el restaurante. Quiero saberlo.

Resignado, hice una versión apta para menores de dieciocho años con toda la empatía de la que era capaz mientras observaba los vidriosos ojos de mi chica de pelo rizado, que conseguía no derramar ni media lágrima. Me iba destruyendo por dentro mientras se lo iba contando, maldiciéndome y

odiándome de forma inmisericorde por no poder amarla. Estuve a punto de parar para pedir un cilicio y un látigo para flagelarme. Me hubiera aliviado sentir el dolor físico, mucho más soportable que el espiritual, que era el que sufría de forma desgarradora. En medio de ese terrible padecimiento finalicé mi historia, con el mayor cansancio que nunca haya sufrido un humano. Intenté esconder que era la chica que nos había servido la cena unas horas atrás porque creía que era de mal gusto dar esa información, pero la clemencia era un regalo que mi hermanita no pensaba ofrecerme.

—¿No falta un detalle? —puntualizó Elena.

—El nombre —ayudó mi padre.

—Es la camarera que nos atendió. Se llama Alice —reconocí agachando la cabeza.

Lucía abrió los ojos como platos (pero de los de respeto, de los que se ponen en las bodas) y me miró, negando con la cabeza.

—¿Crees que es una coincidencia? —me dijo, extrañamente excitada.

—Sí. Una coincidencia, que más quieres que sea.

—¿Me dejas ver otra vez la carta de Alicia? —dijo Lucía con fuerzas renovadas.

—Claro.

Lucía estuvo releendo la carta y me dijo: «Aquí está la clave».

Por último, he de pedirte disculpas. Hice una travesura el día en que nos conocimos que nunca me perdonaré porque te hará sufrir. En ese momento no eras, como eres ahora, mi universo. Pensaba que, simplemente, serías un pasatiempo de mes de agosto. Me maldigo, como si no lo estuviera bastante, por lo que te hice, pero, a la vez, en esa alma retorcida que me acompañará toda la eternidad, me alegro.

Solo te pido que el día que descubras lo que te hice me perdones y me creas cuando te digo que no tiene vuelta atrás. No lo sé arreglar.

—¿Hizo algún juego con su nombre? No puede ser casualidad de que un chico como tú se haya enamorado de una choni con su mismo nombre, por buena que esté —atacó con virulencia.

—No lo sé —dije defendiéndome.

—Me voy a dar un paseo de diez minutos. Piensa. Quiero la solución cuando vuelva.

Capítulo 28

En un acto de bondad sin precedentes, Lucía tardó veinte minutos en regresar, diez más de lo acordado, como si quisiera darme una bola extra en el *pinball* de nuestro amor.

Los primeros cinco minutos los desperdicié intentando rebatir la teoría de que solo podía enamorarme de un nombre, Alicia, y no de personas. Hice un equipo de fútbol sala con cinco Alicias que había conocido: tres eran anteriores a Formentera y dos posteriores, ambas compañeras de la carrera. No me había enamorado de ninguna así que, cuando volviera doña Pelo Rizado hablaría con ella, empezando por desmontarle su disparatada teoría. Estuve en un tris de buscar a Alice, la camarera en Instagram, para enseñarle fotos y decirle: «¿Crees que es un embrujo que alguien se enamore de esta monada?», pero, llamadme empático, me pareció poco adecuado.

Tras esos trescientos segundos desaprovechados en rebuscar entre mis neuronas a las otras Alicias, volví a ese día en Ibiza, intentando encontrar cuál era esa travesura que había hecho el día en que nos conocimos. Repasé mentalmente toda la secuencia: la discoteca, los besos que hicieron que el camino al hotel fuera amorosamente lento, la madrugada de sexo febril y el despertar, cuando me dijo su nombre, mucho después de que su cuerpo hubiera sido mío.

Cerré los ojos, todos sabemos que se piensa o recuerda mejor con la visión clausurada, sin un presente que te distraiga, e imaginé el momento en que se giró en la cama y me enfocó con sus dos ojos azules, un poco a contraluz.

Rememoré mi despertar resacoso, mi sonrisa que nunca vi, el «buenos días, amor» que brotaba de mis labios, y me centré en recordar exactamente sus palabras, que volvieron a mi mente como si las hubiera grabado con el móvil, le diera al *play* y nos viera representando, otra vez, con todo detalle y alta resolución, la escena.

—*Me gustaría saber el nombre de mi amada.*

—*Solo te lo digo si me prometes que me querrás para siempre.*

—*Prometido. Para siempre —contesté sin mentir.*

—*Alicia. Recuérdalo bien porque nunca jamás amarás a nadie con otro nombre.*

La frase emergió con la nitidez de lo indiscutible. No fue un «recuerda tu promesa, solo me podrás amar a mí» si no un «nunca amarás a nadie con otro nombre». Con la seguridad de estar acabando definitivamente con el enigma, corrí a por la carta y releí, por enésima vez, el final.

Por último, he de pedirte disculpas. Hice una travesura el día en que nos conocimos que nunca me perdonaré porque te hará sufrir. En ese momento no eras, como eres ahora, mi universo. Pensaba que, simplemente, serías un pasatiempo de mes de agosto. Me maldigo, como si no lo estuviera bastante, por lo que te hice, pero, a la vez, en esa alma retorcida que me acompañará toda la eternidad, me alegro.

Solo te pido que el día que descubras lo que te hice me perdones y me creas cuando te digo que no tiene vuelta atrás. No lo sé arreglar.

Era evidente, el hechizo era una broma de una bruja que había disfrutado con un juguete humano, condenándome eternamente a enamorarme de Alicia. Si envejecía junto a ella (supongo que solo habría cumplido años yo) perfecto y, si nos separábamos, sería una maravillosa venganza verme vagar toda mi existencia buscando a alguien con su nombre, con su recuerdo omnipresente en forma de palabra de seis letras que le habían regalado sus padres. Luego, cuando estuvo terriblemente enamorada de mí (de lo que no tenía ninguna duda), no supo deshacer el embrujo.

La resolución del problema me llevó exactamente veinte minutos, que terminaron cuando sonó el timbre, anunciando la llamada de la mujer perfecta, portadora de un nombre que le otorgaba tantas probabilidades de embaucarme con sus encantos como a una mezcla de un trol con un orco.

Me senté en el sofá, cogí de la mano a Lucía y le desgrané todos mis descubrimientos. Solo podría enamorarme de chicas que tuvieran ese nombre y por eso había caído de cuatro patas con la antítesis de mi ideal: una chica tatuada, sin cultura ni conversación. Y por eso no sentía nada ante la que era, indudablemente, mi media naranja.

Lucía encajó el enésimo golpe, en forma de puñalada, con una extraña resignación. Me dio dos besos y me dijo un intrigante «todo acabará bien» mientras se levantaba del sofá encaminándose a la puerta, dando por concluida la explicación del enigma.

—Una cosa, las dos Alicia de la facu. No me he enamorado de ellas — protesté en una especie de último deseo antes de aceptar mi ejecución.

—Una es una trepa, borde y fea como un pecado y eres el único del curso

que hablas con ella. Hasta dices que te cae bien.

—¿Y la otra? Es muy mona y no siento absolutamente nada por ella.

—Déjalo, estoy muy cansada. Supongo que también tendrá una extrañísima explicación. Toda regla tiene su excepción.

Capítulo 29

Tres días después, un miércoles, recibí una llamada de Lucía, visiblemente excitada. El lunes lo había dedicado a escapar de Alice, la tatuada, con éxito, y el martes a hacerle el amor cuando salí por la puerta de casa y la encontré esperándome. Qué queréis, el que hace lo que puede no está obligado a más.

—Hemos de vernos —me ordenó Lucía.

—Cuando quieras —acepté.

Dos horas después estaba sentado en una terraza cuando la vi llegar con una maravillosa sonrisa en los labios que duró exactamente treinta segundos. Me besó como siempre hacíamos, uno en cada mejilla, y me miró a los ojos.

Jamás he visto una cara cambiar tan rápida y radicalmente de expresión, unos ojos tornar de reflejar felicidad y una grandiosa esperanza a anegarse en lágrimas y mostrar la mayor de las desesperaciones. Me golpeó fuertemente en el pecho, como si quisiera despertarme de un sueño profundo, y se marchó, empapada en su llanto, sin mediar palabra.

Los hombres no solemos entender a las mujeres, pero la escena surrealista que acababa de presenciar era mi nuevo récord personal de incompreensión. Algo me estaba perdiendo. Otra vez.

Capítulo 30

Llegué a casa, donde mi padre y mi hermana, que ya había regresado a Londres, estaban hablando por Skype. Hablaban de mí, y ni siquiera se tomaron la molestia de disimular. Extrañamente, mi hermana empezó a llamarme con gritos histéricos para que me pusiera delante del ordenador, aún a sabiendas de que lo odiaba con todas mis fuerzas. Ya me costaba hablar por teléfono, pero poner cara de póker delante de una pantalla y decir chorradas se me hacía muy cuesta arriba.

Dado esos chillidos tan poco habituales, pensé que tenía que darme una gran noticia: embarazo o boda, sin duda.

—Cuenta —le dije.

—No, ¡cuenta tú! —contestó con un tono de voz exageradamente alto.

—Nada nuevo —dije.

—¿No has quedado con Lucía? —preguntó doña FBI o, mejor, doña MI6, que para algo vivía en los United Kingdom.

—Joder. Lo sabes todo.

—¿Y?

—Nada, llegó súper contenta, me besó, me miró cinco segundos a los ojos, se puso a llorar y se largó. Todo muy raro. Incluso para la vida que llevo últimamente.

—Mierda —masculló.

—Sospecho que me he vuelto a perder —resoplé resignado—. Sorpréndeme.

—Lucía se llama Alicia desde ayer.

—¿Qué? —grité anonadado.

—Fue al Registro Civil y se cambió el nombre —soltó—. Pensaba que así caerías rendido a sus pies. Pero ni embrujo ni nada, simplemente no la quieres. Decididamente no estás hechizado, eres idiota.

—Vete a la mierda —dije mientras cortaba la conexión sin miramientos.

Si hay una sensación peor que la de no dominar tu propia vida, es la de hacer daño a alguien que quieres y, en este apartado, estaba a punto de convertirme en el nuevo récord del mundo, con una diferencia holgada sobre el segundo registro histórico.

Lucía se había cambiado su precioso nombre por el de mi exnovia y el de

la camarera tatuada, pensando que así moriría de amor por ella. Llegó con la ilusión de provocarme esa taquicardia y ese malestar causado por el enamoramiento que había notado el día del Café Kafka, con la seguridad de que ese momento sería un punto y aparte en nuestra vida, el fin de ser los amigos más extraños del mundo y el inicio de nuestra vida como pareja.

Posiblemente, soñó que nuestros nombres se recordarían al lado de los de Romeo y Julieta o Sansón y Dalila, pero no, íbamos camino de ser los amantes de Teruel, tonta ella y (sobre todo) tonto él.

No me podía creer que, roto el hechizo, siguiera sin quererla. Que fuera incapaz de enamorarme del ser más maravilloso del universo no era una opción aceptable y decidí creer que, simplemente, el cambiarse el nombre en un registro no era suficiente. Lucía nació Lucía y así moriría, dijera lo que dijera un papel relleno por el secretario del Registro Civil. Había que buscar otra forma de romper el embrujo, aunque fuera para enseñarle a mi hermana que no era gilipollas.

Capítulo 31

Las siguientes semanas fueron un infierno. Si queréis saber lo que es pasarlo mal de verdad, no hay nada mejor que romper con alguien que estudia con vosotros. Os tendréis que cruzar con ella muchas veces cada día, y sí, el mundo cruel os obligará a verla. No podréis besarla, ni abrazarla, ni animarla cuando esté triste o disfrutar de su buen humor cuando sea el centro de la fiesta. Intentaréis escrutar en su mirada si su sonrisa es verdadera o falsa, os mortificaréis cuando hable con otro chico pensando que, quizás, ya os ha empezado a dejar de querer. Os atormentaréis cuando esté triste porque no podréis ayudarla, pasaréis por fases de egocentrismo en las que imaginaréis que sois los culpables de todos sus males y por otras etapas en las que querréis ir a rescatarla de los sufrimientos que el mundo (y no tú) le ocasiona.

Pensaréis que nunca había tenido una relación amorosa con Lucía y lleváis razón siguiendo la lógica de la sociedad, esa que suma dos y dos y obtiene cuatro, pero ni os acercáis a la verdad si entráis dentro de mi corazón. Era más que evidente que la pérdida de Lucía me dejaba aún más huérfano de lo que lo hizo la de la Alicia original.

Seguía citándome con la Alice tatuada, pero la relación ya era clara y puramente sexual, al menos por mi parte. Ella, poco a poco, intentaba que hiciéramos esas cosas que hacen las parejas: pasear de la mano, salir a cenar, ir al cine. Nada. Y lo intenté, de verdad que lo intenté, pero la sensación de estar cometiendo una infidelidad se mezclaba con una cierta vergüenza de que mis amigos me vieran con Alice y, lo peor, seguíamos sin saber de qué hablar. Realmente no era mi tipo.

Lucía intentaba esquivarme siempre que era posible, la mayoría de veces con éxito. Como en un divorcio al uso, alguien tenía que quedarse con los amigos, y María y Andrea se fueron con Lucía. Normal. No opuse resistencia.

Pasé a ser una especie de paria, porque no es lo mismo entrar sin amigos en primero de carrera (lo normal) que quedarte huérfano en cuarto. Por esas jugadas de la vida me acerqué a otra marginada: Alicia. Sí, la que era trepa, gorda, fea y borde, según Lucía, aquella que solo me caía bien a mí de toda la clase. Era mi aliada natural en el mundo de los desheredados sociales y, poco a poco, nos fuimos haciendo amigos.

Quiso el destino, que empiezo a pensar que es un auténtico cachondo,

que, en un trabajo del primer trimestre, en el grupo de debate, me juntaran tanto con la Alicia gorda, fea y borde que me caía bien, como con la Alicia guapa y delgada que me dejaba absolutamente indiferente.

Nos había tocado defender la postura de que la declaración de la renta tuviera una casilla para marcar a favor de la Iglesia. Quedamos un sábado por la mañana y buceamos en la red para buscar argumentos a favor y en contra: los que tendríamos que dar y los que deberíamos rebatir. Al cabo de tres horas ya teníamos claro cómo atacar y cómo defendernos.

—Vosotros ¿qué pensáis realmente? —pregunté.

—Yo creo que, aunque podrían sacarlo de la renta, es una ayuda a la Iglesia que tiene un retorno en la labor social que hacen, que es innegable —contestó Alicia, mi extraña amiga sin virtudes.

—Pues que se encargue el Estado. Me parece que buscar un intermediario es una idiotez —dijo Alicia, la guapa.

—¿Sois creyentes?

—Yo sí —dijo Alicia, la fea—. Bautizada, primera comunión, colegio en teresianas y me casaré por la Iglesia. El completo, aunque es verdad que lo de ir a misa de domingo queda lejos de mi forma de entender la fe.

—Pues yo ni bautizada ni ninguno de los rituales macabros que celebráis. Laica hasta el tuétano y a mucha honra. Cuando veo un cura siento náuseas.

—¡Qué Alicias tan distintas! —tercié para concluir una discusión que, aunque había iniciado yo, me aburría mortalmente.

Acabamos el trabajo, nos despedimos y nos citamos para el día siguiente, veinte minutos antes de la presentación, para intercambiar las últimas ideas.

Capítulo 32

Llegué a casa antes de comer y me encontré a mi padre en modo encantador. Desde que Lucía me retiró la palabra y mi círculo de amistades menguó (las del colegio las había abandonado progresivamente y ahora no tenía energías para una reconquista, a pesar de que se me antojaba fácil, que para eso éramos hombres), mi querido progenitor estaba de un atento que echaba para atrás. El hombre ponía toda su buena voluntad, pero en esa época de mi vida, la soledad y la autocompasión me parecían más que aceptables.

Ese día decidió que podíamos comer una paella en el Tío Burón de Castelldefels, que todavía hacía buen tiempo y nos iría bien airearnos. Ya he comentado que una de las teorías de mi padre era que para extraerme una conversación completa me tenía que aislar del resto del mundo, lo que se traducía en mesa y mantel. Efecto secundario positivo para mi estómago de su amor paterno.

Mi vida en las últimas semanas no era muy emocionante, así que empecé mi padre explicándome sus novedades laborales y me puso al día de las del resto de la familia, con noticias destacadas de las desventuras de una barcelonesa en Londres.

Me tocaba, se le había acabado el repertorio principal. Podíamos hablar de política o de fútbol, pero parecía que era mi turno, así que, tirando de temas poco escabrosos, le conté mi reunión con las dos chicas. Retransmisión detallada y pormenorizada de un día más en la oficina y para casa. Un trabajo limpio y aseado.

Cuando regresamos, mi padre se encerró en su habitación como si fuera un adolescente a punto de masturbarse y, por lo que oí, era para hablar por Skype con mi hermana. Alucinante. Otra vez tenía la sensación de que no me enteraba de nada, pero, francamente, me importaba una mierda.

A los diez minutos, mi padre, fruto de una posesión diabólica, abandonó la casa farfullando algo que no entendí.

—¿Qué? Vocaliza —dije de franco mal humor por no comprender nada de lo que me decía, con esa irritación excesiva que tenemos los hijos cuando nos incomodan nuestros ancianos padres.

—Tu hermana, vienen unos amigos de Londres y quiere que los lleve al Café Kafka. ¿Me puedes pasar el número de Alice?

—Ok, pero que sepas que, oficialmente, estoy fuera toda la semana.

—Seré una tumba.

Le pasé el contacto y vi como salía de casa a toda velocidad. ¡Qué padre más raro!

Capítulo 33

No había pasado una semana cuando mi hermana, que al parecer estaba de vuelta nuevamente, me citó en un sitio de lo más extraño. No es que fuera un sitio raro, ni mucho menos, pero no solíamos quedar en parajes tan románticos.

—Estoy con mis amigos de Londres, hay que enseñarles que Barcelona es la repera —me dijo—, y contigo les haremos creer que el nivel medio de inglés en España es bueno. Alguna utilidad aún se te puede encontrar.

Refunfuñé un poco porque ya hacía días que mi ideal de un buen plan era tirarme en el sofá a hacer una maratón de cualquier serie cutre (o no) de Netflix. No importaba la calidad, el criterio para elegirla era que tuviera un número disparatado de episodios. Que la cena fuera en Garraf era un engorro añadido: tenía que coger el coche y recorrer unos cuantos kilómetros, perder unos minutos de mi vida que podía desperdiciar lamentablemente de cualquier otra manera. Son ese tipo de minucias que cuando estás depre se convierten en un calvario.

El restaurante en cuestión, La cúpula de Garraf, es un sitio para primeras citas, con vistas a la playa, desde donde puedes ver cómo el sol se zambulle en el agua y cómo el rojo empieza a ganar la batalla al azul antes de perderla con el negro. Mucho azúcar para mi yo actual. Llegué puntual, a las diecinueve horas, mientras atardecía, porque, dentro del plan de guía turística elaborado por mi hermana, se incluía la puesta del sol.

Pensé que tanta curvita (para llegar al restaurante hay que pasar la mitad de las míticas, y en otra época asesinas, costas de Garraf) me había mareado. Náuseas y esa magnífica sensación de ir en barco en día de marejada me acompañaban. Me senté de forma descortés, sin esperar a que llegara mi hermana, y pedí una cerveza. Estaba deliciosamente congelada e, intentando paliar el malestar, me bebí casi el medio litro de golpe. Cagada. Solo al acabar de engullirla, una magnífica taquicardia, acompañada de su inseparable amiguito, el sudor frío, se apoderaron de mí. Menos mal que solo tenía veintidós años porque si no hubiera pensado que iba camino de un infarto de libro (y de miocardio).

Con mis magníficos conocimientos de medicina me practiqué una suerte

de primeros auxilios cutres, que consistieron, básicamente, en ir al lavabo a refrescarme, confiando en los efectos del agua del grifo sobre mi nuca, como si fuera una pócima mágica. Sea por el efecto placebo o sea porque de verdad el agua corriente tiene capacidades curativas, salí del servicio ligeramente más animado. Hasta tuve arrestos para mirarme en el espejo: sí, volvía a la vida.

Esa renacida existencia empezó a esfumarse de nuevo cuando salí a la terraza con la reaparición de todo el cortejo de síntomas, que podía reconocer como de enfermedad grave, síndrome de ansiedad o aparición de una nueva Alice.

Sin duda era eso: el destino me atacaba con Alice.3. A saber qué modelo sería ahora porque la intensidad de mi malestar era mucho mayor que con la Alice tatuada (también conocida como Alice.2).

Mientras volvía a mi mesa la angustia se convirtió en pánico. Una figura femenina claramente reconocible, absolutamente familiar, estaba esperándome y no era mi hermana. Vi la parte posterior de su cabeza, oculta tras esos rizos negros que siempre la acompañaban. Lucía estaba allí.

Fui hacia ella maldiciéndome. Ese terremoto de intensidad nueve, que era el hechizo de enamoramiento, no podía pasarme otra vez delante de los ojos de mi pobre Lucía. Solo tenía una opción: huir del lugar. Si recordáis mi paseo por la discoteca al iniciar la historia al ver a Alicia.1, glamuroso, convencido de ser el centro del universo, con todo el mundo admirándome, entenderéis que el que di en esa terraza un día de *veroño* estaba en la antípodas, mucho más cercano al de la terraza del Mirabé. Patoso yo, tropecé con una mesa, un camarero y tres sillas, más que suficiente para que Lucía notara mi presencia.

Sus rizos dejaron paso a su cara, sus ojos me miraron y, con un dedo y una sonrisa, me indicó que me acercara. A cada paso que iba en dirección a su mesa mi frecuencia cardiaca aumentaba dos latidos, a cada parpadeo de sus ojos mi frente soltaba un chorro de sudor, a cada pequeño movimiento de sus labios mi boca se secaba como en la peor de las sequías africanas.

A duras penas llegué a su lado, me derrumbé en la silla sin ningún tipo de sutileza y noté como me agarraba la cara con las dos manos. Sujetándola a unos cinco centímetros de la suya me dijo: «Te quiero».

Su confesión arrancó esta vez un gemelo «te quiero», que brotó de mis labios con la facilidad con la que surgen las verdades incontestables. La quería, la amaba y la deseaba más de lo que hubiera querido, amado o deseado nunca a nadie. Sin ningún lugar a dudas.

Y así, por primera vez desde que nos conocimos, la besé en los labios, en el mejor momento de mi vida, muy por encima del discotequero instante en que conocí a la primera mujer de mi vida.

Capítulo 34

Si alguna vez me condenaran a muerte y me preguntasen cuál es mi último deseo, si el genio de la lámpara me interrogara sobre la primera de las tres peticiones a las que tengo derecho, no dudaría: repetiría una y mil veces la cena con Lucía en el Garraf.

La perfección es extraña en la vida: es rara y efímera, pasajera. Esa velada al atardecer, con una sabrosa comida y buen vino, pero, sobre todo, como se dice de forma cursi, «en la mejor compañía», no se acercó al diez sobre diez, lo sobrepasó holgadamente, dibujando una estampa perfecta, sublime, inmejorable.

Dijo Tolstói que todas las familias felices se parecen unas a otras mientras que las infelices lo son cada una a su manera, pero, en esta ocasión, erraba. Nuestra dicha era completamente diferente a la de las demás parejas de nuestra época. Habíamos sufrido estando juntos, sin poder amarnos, por un hechizo. Padeçimos un noviazgo del siglo XIX en el que solo nos pudimos mirar, durante tres largos años. Hoy en día, chico conoce chica, quedan y al día siguiente ya están retozando en la cama. Sin esfuerzo. Sin sufrimiento. Si no has sudado sangre para conseguir tu objetivo no puedes valorarlo de la misma manera, y lo nuestro era un sueño en el que habíamos trabajado día a día, noche a noche, pulgada a pulgada, lágrima a lágrima.

Os preguntaréis por qué, de repente, podía adorar a Lucía. Ese interrogante pasó fugazmente por mi mente mientras besaba por primera vez a mi enamorada, pero decidí ignorarlo y disfrutar con los cinco sentidos del momento. Ya habría tiempo para entender qué diantres había cambiado.

Nos despertamos en su casa, entrelazados, con mi brazo bajo su cuello al más puro estilo cucharita. Nos besamos y volvimos a hacer el amor otra vez. Y otra. Y otra. ¡Llevábamos tres años de ganas atrasadas!

Tras una ducha, decidimos salir a comer algo informal, rollo tapeo.

—¿Me lo vas contar? —pregunté.

—Claro, con una cerveza delante —contestó.

—Tengo una gran curiosidad por saber cómo has conseguido deshacer el hechizo.

—No seas tonto. Sigues embrujadísimo —dijo enigmáticamente.

Entendí que era mejor dar un paseo cogidos de la mano, disfrutando de esta situación desconocida para mí, desde las lejanas (en el tiempo y en el espacio) Ibiza y Formentera. Buscamos una mesa vacía con algo de sol en Passeig de Sant Joan y nos sentamos.

La cercanía de mi casa me hizo recordar que mi familia (conspiradora familia, para ser más exactos) no sabían nada de mí desde hacía ya casi veinticuatro horas.

—Iba a enviar un *wasap* a mi padre, pero paso. ¡Qué sufrá! —dije, haciéndome el malote.

—Me parece bien —sonrió Lucía de forma sospechosa.

—Estabais compinchados —deduje, quedando como un bobo, una vez más.

—Claro, mira que eres lelo... Es más, es gracias a ellos que estamos aquí juntos los dos. Y ya les he enviado varios mensajes para que sepan que todo va sobre ruedas.

—Dispara a ver si entiendo algo.

—¿Te acuerdas de lo que pasó hace una semana? —me preguntó cuándo se suponía que debía empezar a responder mis dudas.

—Especifica.

—¿Recuerdas el trabajo que hiciste con las dos Alicias?

—Sí.

—Piénsalo. La que no le gusta a nadie a ti te parece maja, y la que es guapa no te llama la atención. ¿Qué diferencia hay entre ellas que descubriste ese día?

—La guapa es entre agnóstica y atea y la que no os gusta es religiosa —dije tras reflexionar un minuto.

—Y si lo relacionas con el nombre...

—Una está bautizada y la otra no. ¿En serio? —afirmé incrédulo, tras una pequeña pausa.

—Cuando le explicaste esta historia a tu padre, ¿qué hizo?

—Hablar con mi hermana y pedirme el teléfono de Alice, la tatuada, para ir al Kafka.

—Bueno, para eso exactamente no. Cuando le explicaste la historia, tu padre ató cabos. La Alicia a la que nadie quiere te gusta porque está bautizada y, desde los ojos de una bruja del siglo XIII, es auténtica. Un papel en el Registro Civil no es nada, y por eso mi cambio de nombre civil no tuvo ningún efecto. Los embrujos solo te ligan a las Alicias que han recibido ese nombre

directamente de un cura.

—Ya...

—Tu padre quiso comprobar la teoría de que solo podías enamorarte de una Alicia ante los ojos de Dios, y qué mejor forma de comprobarlo que con la Alice, la tatuada, una chica alejadísima de tu prototipo, pero que te cautivó.

—Sorpréndeme. Habló con ella para preguntarle si está bautizada.

—Correcto. Y lo está.

—Y el siguiente paso fue irte con la historia.

—Me lo contaron todo porque sabían lo que estaba sufriendo. Querían que decidiera si valía la pena comprarles esta nueva locura e intentarlo, con el riesgo de sufrir otra horrible decepción como aquel día en que me miraste como si fuera un besugo cuando pensaba que caerías a mis pies. Sabes que mis padres no son creyentes, así que no estaba bautizada. Hasta ayer. Tienes delante de ti a Alicia Lucía Andrea.

—Y por eso me he enamorado de ti —dije con un toque de tristeza.

—No, idiota. Por eso has podido hacerlo. Tienes esa mirada de cordero degollado simplemente porque te han cortado la correa que te impedía caer como un bobo ante tu alma gemela. Ser Alicia es una condición *sine qua non* para enamorarte, pero, como ya has visto con otras Alicias, hace falta más. Y yo soy todo lo que tú has deseado en la vida, tu media naranja y todas esas cursilerías de la literatura romántica.

—Y te has arriesgado y sacrificado por mí.

—Las veces que haga falta. Te quiero, embrujado mío —concluyó besándome.

Epílogo

¡Qué bonito! ¡Qué final tan hermoso! Fueron felices y comieron perdices. Por siempre jamás. Todo es tan bello que me disgusta enormemente estropear el final de la historia. ¿Por qué? Porque lo que acabáis de leer es un relato triste de narices.

Sobre el papel habéis presenciado la historia de una pareja que vence todas las dificultades que se le presentan, alguna de ellas desde el más allá. Son jóvenes, guapos y listos. Vamos, que tiene más azúcar que un libro de Corín Tellado y es más rosa que el sado de Grey. Pero supongo que alguno de vosotros habréis visto la verdad tras el espejo.

Este relato, este trozo de mi vida, acabó tres meses después cuando le dije a Lucía que necesitaba un fin de semana para mí. Mi chica me comprende mejor que nadie. Sabía antes que yo que era vital que cerrara el círculo para ser completamente feliz. Ahora que lo escribo me parece una frase idiota: excepto los niños nadie es completamente feliz. Siempre hay un amor que has perdido, una madre que murió, un sueño no cumplido o un «y si hubiera» que no hiciste.

Me despedí de Lucía dándole un beso, un viernes de mediados de enero. Barcelona-Ibiza, Ibiza-Formentera. Llegué a una isla desierta, fría y sin vida, el decorado perfecto para lo que se avecinaba, una escena deprimente para iniciar una nueva vida.

Las cicatrices han de curarse con un poco de sal: han de picar, quemar, escocer y, mucho después, cuando el dolor intenso queda en el recuerdo y tan solo sentimos un leve resquemor, es cuando tenemos derecho a volver a la senda de la alegría.

Regresé, como todos los asesinos, al lugar del crimen. Alquilé el mismo apartamento en el que había acabado físicamente mi historia con Alicia. No os digo Alicia.1, ni Alicia la Bruja, ni Alicia la no tatuada, porque, evidentemente, para mí solo ha habido una. Con mayúsculas. ALICIA.

Me armé de cervezas para afrontar la noche, llegué a nuestro nidito de amor, metí el alcohol en el congelador y me tomé mi tiempo para sacar lo poco que tenía en la maleta. Seguí el ritual encendiendo la calefacción y tomando una buena ducha. Tras cuarenta y cinco minutos la bebida ya estaba lo

suficientemente fría como para helarme el gaznate. Cogí la manoseada carta de Lucía, las cervezas (*pack* de seis como hacía tres años, cinco meses y tres días), y salí al porche.

La noche colaboraba: fría y clara. Ni una nube, ni media luz, ni otra alma. Solos las estrellas, que esta noche no pensaban convertirse en perseidas, unos recuerdos en forma de carta, el alcohol y yo.

Sentía que Alicia estaba ahí, mirándome. Recité una vez más sus palabras, entre cerveza y cerveza, pero una simple lectura con tono solemne no era suficiente para cerrar el círculo. Necesitaba hacer dos cosas más: perdonarla y pedirle disculpas.

Quería perdonarla personalmente en ese porche, junto al césped en el que me dormí en sus brazos, llorando como un niño al comprender que me iba a dejar. Disculparla por todo lo que hizo: por no saber estar a mi lado, por no poder amarme como yo la amaba a ella, por no saber volver a disfrutar de la vida, por no ser todo lo que yo ansiaba de mi primer amor. Negué con la cabeza mientras pronunciaba un «no te preocupes», al pensar en el embrujo que profirió ese primer día, en una cama llena de amor y sexo, y que me había convertido en un pelele los cuatro últimos años. Necesitaba transmitirle, de alguna esotérica forma, que lo que empezó como un hechizo de broma no podía aumentar la tortura que sufría en forma de una vida eterna sin amor. Por mi parte todo estaba bien.

Pero, sobre todo, quería excusarme. Sin haber hecho nada malo, tenía que explicarle que la entendía y que, como siempre pasa cuando sufre una persona que quieres, lo sentía mucho. La primera mujer que amaba (el «había amado» es terriblemente difícil si los sentimientos han sido de verdad, siempre queda un rescoldo de cariño o una llama de pasión apenas apagada) se estaba desgarrando, poco a poco, siglo a siglo, y, sin tener ninguna responsabilidad, me perseguía un enorme sentimiento de culpa.

Debía llevar años desangrándose en esa vida inmortal que sin duda tenía, en esa existencia eterna que le impedía disfrutar de nuevos momentos que la hicieran vibrar y, por extensión, de compartir primeras veces con su amado. Nunca podría ser tan feliz como sin duda íbamos a ser Lucía y yo descubriendo un nuevo rincón en Barcelona, viajando a Praga o montando por primera vez a caballo. Y aquí vienen las palabras claves: lo haríamos juntos. Alicia solo era un espectador que paseaba por enésima ocasión por las gradas de un Coliseo que había visitado treinta veces.

Pedí la absolución de forma absurda, por no estar ahí con ella desde el

inicio de los tiempos, por no reengancharla a la vida, por no haber sabido contagiarle mi emoción por el mundo durante ese año que estuvimos juntos, por haberla obligado, sospechaba que una vez más, a cambiar de ciudad, de universidad, de amigas. ¿Me excusaba por no haberla entendido? No, lo hacía por no ser inmortal como ella.

Todas estas reflexiones me llevaron cinco cervezas completas. Tambaleándome, regresé al interior del apartamento, cogí una toalla y, con la sexta cerveza en la mano y ciertas dificultades psicomotrices inherentes a mi borrachera, me tumbé, esta vez solo, en el césped, a contemplar las estrellas.

Ansiaba que, de alguna manera, mi Alicia estuviera ahí detrás, oyéndome (muchos ratos, sobre todo a partir de la tercera lata, hablaba solo), perdonándome y aceptando mi perdón. Me hubiera encantado que se hubiera materializado de la nada, en un truco de brujas, para abrazarla largamente y mentirle, asegurando que todo iba a salir bien.

Me maravillé nuevamente con las estrellas, que titilaban, azules, a lo lejos, que diría Neruda. Y, de repente, una estrella fugaz. Y luego otra, y otra, y otra, hasta completar, qué curioso, una magnífica lluvia de perseidas en mitad de enero. No había duda: era Alicia diciéndome que, por su parte, también estaba todo en orden. Con ese gesto me pedía disculpas y me disculpaba, como hacen los enamorados, a los que les sobran las palabras para comunicarse y son sustituidas por un guiño, un gesto, o un roce de manos apenas perceptible.

Mi ética mente volvió, tozuda, a Neruda: «Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero. Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido».

Y volví a llorar como aquella noche, pero mis lágrimas no tenían la desesperación del que no entiende nada, del que no acepta su destino, del impotente. Poseían toda la tristeza del que comprende la vida mucho mejor. En aquel momento descubrí, sin ningún género de dudas, que Alicia, mortal, hubiera sido mi alma gemela.